

Vencer la dictadura del tiempo

Taller de ciencia ficción
con Karen Andrea Reyes

Carlos Arturo Martínez | Armanda |
Claudia Amador | Fabián Ricardo Pinzón
Harvey Guzmán | Marta Lucía Londoño | R. J. Random

tallervirtualdeescritores.com

Vencer la dictadura del tiempo

Autores varios | Bogotá, 2024 | Literatura colombiana, ciencia ficción, cuento |
Edición digital

© Carlos Arturo Martínez
© Armanda
© Claudia Amador
© Fabián Ricardo Pinzón
© Harvey Guzmán
© Marta Lucía Londoño Carvajal
© R. J. Random

Selección de textos y edición literaria:
Karen Andrea Reyes

Diagramación:
Andrea Torres

Editor:
Jairo Andrade

Diseño de portada:
Taller Virtual de Escritores
<https://tallervirtualdeescritores.com>

Presentación

Para el equipo de Taller Virtual de Escritores es muy grato presentar los resultados de sus nuevos talleres grupales, consistentes en tres libros digitales cuyos textos provienen de diversas exploraciones y propósitos literarios, teniendo en cuenta que la lectura redondea las intenciones de todos los eslabones involucrados en la cadena maravillosa que empieza con la creación textual.

En ese sentido, en primer lugar exaltamos a las autoras y autores participantes, cuyos textos dan cuenta del talento individual y de un medio literario en plena renovación. En paralelo resaltamos las nuevas tutorías de los talleres grupales, integradas por un equipo de reconocida trayectoria literaria y docente, quienes proporcionaron programas de formación centrados en el reconocimiento de sus campos de trabajo y en la necesaria experimentación que implica concebir la escritura como arte. Asimismo, vale la pena enmarcar los talleres grupales como pieza clave en la evolución de nuestro proyecto formativo.

Hasta el segundo semestre de 2023, nuestros talleres virtuales fueron principalmente individuales, desarrollados bajo una metodología personalizada que favorece la

aplicación de contenidos didácticos a los propósitos de escritura. Esta metodología individual, estructurada en varios niveles, culmina con la composición de un libro o una serie de textos cohesionados según criterios estético-temáticos, depurados gracias al seguimiento personalizado. No obstante la positiva recepción del método individual, también identificamos la necesidad de crear dinámicas grupales que mantuvieran el nivel de indagación creativa y experimental de los talleres personalizados, a la vez que ganaran retroalimentación colectiva sobre contenidos y escritura, sin perder de vista el seguimiento a cada participante y a los resultados del taller.

Gracias a la vinculación de Karen Andrea Reyes, John F. Galindo y Hellman Pardo, quienes aceptaron el reto de configurar talleres capaces de transitar al filo de los géneros y otras convencionalidades literarias, dimos lugar a la primera ronda de talleres grupales el primer semestre de 2024. En todo sentido, los resultados fueron más que satisfactorios. En esta serie de publicaciones la lectura nos sumerge en variantes e híbridos entre realidad y ficción, tradición y rupturas, ciencia, narrativa y poesía, entre otros asuntos transversales a las tres publicaciones.

Así las cosas, nos complace presentar *Vencer la dictadura del tiempo*, publicación resultante del taller homónimo dirigido por la escritora Karen Andrea Reyes,

quien se ha destacado en el campo de la ciencia ficción en español con sus relatos publicados en diversas antologías y con su novela *Zen' Nō*.

Sea también la oportunidad de agradecer una vez más a los participantes del taller *Vencer la dictadura del tiempo*, autoras y autores con diversos intereses y perfiles literarios, quienes con sus relatos enriquecen el panorama de las letras hispanoamericanas, objetivo de fondo de cada uno de los programas del Taller Virtual de Escritores.

Esperamos que la lectura sea plácida y fecunda, y que sus hallazgos toquen por igual las puertas de lo efímero y de lo más perdurable.

Jairo Andrade
Director de proyectos
Taller Virtual de Escritores

Solidaridad I

Carlos Arturo Martínez

“¿Técnicamente muerto?”, preguntó uno de los hombres de Aarón Dycher mientras me miraba inquisitivamente.

“¿Técnicamente muerto? ¿Eso es lo que esperas que declare el patrón?”, continuó: “Sabes que estamos hablando de más de veinte millones de dólares a la basura, ¿verdad?”.

—Sí, créeme, es mejor así.

No sé si aquel hombre intuía una tapadera para algún caso de corrupción y no le convenía saber, o más bien porque yo era recomendado de Lauro. Como sea, aceptó y este fue el cable que le pasamos al subsecretario de transporte y esta también fue la versión que dimos acerca de la inexplicable salida de órbita del satélite mexicano *Solidaridad I*.

Notas de Pedro Carrillo López. Ingeniero en Telecomunicaciones. Ex miembro de la SCT sobre los

extraños hechos ocurridos entre mayo de 1999 y agosto del 2000:

2 de mayo de 1999

“Este es el principal sospechoso del sabotaje al *MEXSAT*”, me dice Lauro mientras me ofrece la fotografía de un joven desarreglado, con gafas de aumento *ray ban*, cabello largo, quebrado y una barba de tres días. Se trataba de José Sánchez, el antiguo operador del sistema Morelos, cuyo paradero era entonces desconocido. “Dicen que se volvió cristiano o testigo, no sé de qué culto jipi loco y abandonó el empleo”.

Me llamó la atención una transcripción de una de sus últimas guardias, justo en el día que el *Morelos II* perdió uno de sus transmisores:

Notas de SCT sobre incidente con Morelos II: El mensaje original se recibió el martes 25 de mayo de 1993 a las 04 hrs :17 min :04 seg:

Recibiendo de desconocido ...

>/¿adivina quién soy?

Control en tierra: solicitud de autenticación

Acción: fallo

Reintentar: S/N?

La siguiente sección tiene errores fatales y permanentes:

Comunicación establecida ...

Control en tierra: si tú eres 1 ... 2 ... 3 ... 4 ... 5 ... 6

y el hombre es 1... 2 ... 3 ... 4 ... 5

Entonces Dios es...

Respuesta de desconocido:

>/ 1 ... 2 ... 3 ... 4 ... 5 ... 6 ...7

Testimonio del Señor Jaime Maussan de la Flota. 3 de junio de 1999:

Debió haber sido como a inicios del año pasado o finales del antepasado. Mi asistente Jaime me dijo: “Señor Maussan este es el otro caso que le mencioné. Giallo Ramírez José, presuntamente un ex operador de Telecomm, dice haber contactado una entidad extraterrestre por medio

del sistema de satélites Morelos”. En seguida colocó un Betamax en mi videocasetera.

Transcripción del vídeo de la entrevista, compartida por el asistente Jaime:

En la pantalla aparecía un hombre de unos de unos treinta siete o treinta y ocho años, rapado al estilo mociona, lentes oscuros y enfundado totalmente en ropa de piel color negro.

—Buenas tardes, José, ¿dices tú que te contactaste con un ángel o con una entidad cósmica?, pregunta el asistente.

—Se trata de lo mismo. Desde la noche oscura del tiempo estas entidades se han contactado con los profetas para guiarnos en nuestro destino trascendental.

—¿Y se podría saber cuál es ese destino?

—El devenir, el final de nuestra falsa humanidad. Una clausura auto epistémica para definir la imposibilidad que tenemos de conocernos, de acceder a nuestro interior y elaborar una imagen y una representación de nosotros mismos. El look será una segunda piel en un mundo de ficción donde será obligatorio dotarse de una manera de ser visto.

Fin de la transcripción.

Le dije a mi asistente: “Eso no es un caso de alienígenas, es la propaganda de un darketo y su arte posmoderno; mejor tráeme al del brazalete”.

30 de Julio del 2000

Descubrimos que José había estado utilizando ilegalmente el satélite *Solidaridad I* desde 1994. Félix, el analista del SCT, me comentó que había podido captar las transmisiones piratas y que la había grabado para mí: “Está raro”, dice y me alarga otro VHS.

Transcripción de la señal pirata:

La cinta comienza con un comercial del pilón donde se anuncia una radiograbadora con forma de hamburguesa, seguido por un segmento del noticiero de Javier Alatorre acerca de casos de chupacabras en México. La imagen y el sonido se distorsiona y comienza a escucharse la inconfundible voz de Saúl Hernández:

“Ayer me dijo un ave que volara, por donde no hay ardor”. A la par se muestran escenas de la policía fronteriza golpeando migrantes.

“Que lo sufrido no resucita en sueños”. Más escenas de la enorme fila de ataúdes en la matanza de Acteal.

El cuerpo inerte del cardenal Posadas Ocampo. “Y en rezos nunca murió”.

La mano de un desconocido lleva una pistola sobre la cabeza del candidato Luis Donald Colosio. “Que saque el aire de mis ojos”, la detonación y la explosión de sesos. “Que abrace al miedo con tus sueños...”, y así continúan los tres minutos y medio de la canción.

Fin de la transcripción.

Le pregunto a Félix si sabe de dónde se origina la señal. “Casi”, responde.

Llegamos al lugar donde podría estar ubicado José, la escena es meramente surrealista: Una van vieja provista con antena y equipo satelital, situada en medio de un llano despoblado cerca de Texcoco Estado de México.

José no estaba ahí, pero por el retraso supimos que había podido comunicarse con el *Solidaridad I*, y este a su vez

con los satélites gringos. Ni idea de cuál sería su plan ni de sus consecuencias. Lo único que pudimos hacer fue apagar al *Solidaridad I* para evitar que fuera utilizado nuevamente.

Ese mismo año nos enteramos que el sistema NAVSTAR-GPS desactivó la disponibilidad selectiva, misma que evitaba la excesiva precisión para ubicar posiciones. Dicen que fue una orden directa del presidente Clinton, cuando un día amaneció extrañamente convencido de mejorar la vida de las personas alrededor del mundo.

Margarita Ammonite

Armanda

Aprieto las palmas de mis manos contra mis oídos para no escuchar más a *Saturn Rings*. Cierro con fuerza mis párpados en un intento por cegar todo estímulo del club, sus luces y sonidos. Tengo la esperanza de no tener que entrar a este recuerdo si logro abstraerme de la realidad del rave. No funciona. La música y la voz que me habla ya no están afuera, sino dentro de mi pecho. Tiemblo. Mis brazos se sacuden en espasmos. Siento mis dedos desprenderse articulación por articulación. Me aprieto, me acucillo, intento sumergir la cabeza entre las piernas, pero es inútil. Un retumbar surge desde mis adentros y vuelvo a escuchar la adivinanza que hace unos minutos me puso en este estado: “¿Qué es lo único que siempre llega aunque no lo invites?”. La pregunta se repite una y otra vez. “Contesta, Margarita, ¿qué es lo único que siempre llega aunque no lo invites?”. La voz del dj *Saturn Rings* se convierte en un comando, debo contestar.

Alrededor, todos los ravers danzan frenéticos porque, aunque *Saturn Rings* me hable, el techno no se detiene. En mi oído derecho siento el viento de un abanico, mis manos

suenan como la arena deslizándose y entonces abro los ojos para mirar mis palmas. Lo que veo me congela: en cada una hay un agujero, como las manos de Cristo. Estos se ensanchan mientras mis huesos y músculos se hacen polvo. Horrorizada, las extiendo frente a mí. Miro a través de los huecos para encontrarme con los tres pares de ojos del dj fijos en mi mirada. “La muerte. La respuesta es la muerte”, le digo. *Saturn* asiente y termina su track. De pronto, desciende el ritmo del chararreo para dar paso a una voz robótica.

Llegan, de la muerte, mis besos

vuelve a mis manos y renace,

duerme sin sueños, huestes de ángeles.

Los ángeles también son mensajeros de la muerte.

La conexión entre *Saturn* y yo es absoluta. Cuando finalizan las palabras mi cuerpo vuela en dirección a los vórtex parpadeantes que, segundo a segundo, se proyectan ante mí y me muestran el recuerdo con la exactitud esperada de mi memoria cuántica. Desde allí escucho la voz profunda de doña Rosita diciéndome “Mija, mi más sentido pésame. Que Dios tenga al fina’o en su santa gloria. Tan joven y con tanta vida por delante, y morir así, a manos de esos mal pagados guerrilleros. Venga le doy un abrazo”. Ya no tengo adónde huir. Estoy de vuelta en el funeral de Luis.

*

(Seleccione “Usar micrófono para chatear con la voz”)

(Chat de voz Activado)

—[Delulu_0405]: Ya se tardó mucho. ¿Y si lo vamos a buscar?

—[Axolote_rita]: ¡Que no mk! Manu sabe lo que hace. Además el código funciona para un solo avatar en Roblox. Esperemos y ya, calladitos.

—[Delulu_0405]: A ver si entiendo... ¡Ah, esta si es mk! Rita, no salga corriendo. Ya no puedo preguntar nada entonces. Que pena dudar

—[Axolote_rita]: Pena tener que aguantámele su preguntadera cuando Manu y yo ya le explicamos mil veces.

—[Delulu_0405]: Pero es que sigue sin cuadrarme cómo esta vaina es segura.

—[Axolote_rita]: Pobrecita su futura novia tener que aguantarse tanta insistidera suya. Mire, no es solo que Manuel entre al juego, juegue y ya. Primero, el man del evento diseña un juego para dar la información sobre el rave. El de hoy se llama *3008 God's Will*. Y para entrar allí necesitamos tener el código.

—[Delulu_0405]: Y solo entra uno ¿no?

—[Axolote_rita]: ¡Qué sí! Y si va a preguntar otra vez por qué un puto juego es porque apenas se encuentre la información, chao, lo borran. Manu no necesita ganar ni nada, solo seguir unas pistas ahí que nos dejan.

—[Delulu_0405]: Ahh, pero eso no me lo habían dicho. Sí ve que ustedes no cuentan nada bien.

—[Axolote_rita]: ¿Para qué? si igual se la pasa pensando en su Laura.

—[Delulu_0405]: Ish, lo dicen los que siguen jugando en Roblox.

—[Axolote_rita]: ¡Eo! Más respetico por favor. Sé que es algo *vintage* y todo, pero... bueno, no sé, nostalgia. Y más seguridad también si casi nadie lo juega, menos los tombos.

—[Delulu_0405]: Y Manu ya viene.

—[Des-Magnum_1115]: Bebés, mil gracias por esperar. Me demoré, pero hubieran visto severos laberintos.

—[Axolote_rita]: ¿Muy difícil?

—[Des-Magnum_1115]: Amor, tú sabes con quién andas, solo lo mejor de lo mejor.

—[Axolote_rita]: Presumido.

—[Des-Magnum_1115]: Así me amas, así me aman todos. Pero yendo al punto: tenemos fecha, dirección, precio. Y Rita, amor, solo diré algo: *Saturn Rings*.

—[Axolote_rita]: ¡Manu! ¿no me estás jodiendo verdad?

—[Des-Magnum_1115]: Con eso jamás.

—[Delulu_0405]: ¿Alguien me explica por qué tanta gritadera?

—[Axolote_rita]: Es *Saturn Rings*, ¡Juepucha, es *SATURN RINGS!* El mejor productor de *cuantic sets*. No, jueputa, tenemos que ir. La plata la conseguimos como sea, pero de que lo vemos lo vemos.

*

Abro los ojos, porque soy consciente de lo que significa ese último movimiento de la dj *Agnes Die*. Su salida es la entrada para *Saturn Rings*. Todos gritamos, la tensión es palpable. El silencio invade la sala cuando una voz femenina de ultratumba anuncia “*Ladies and Gentlemen: hands up for Saturn Rings*”. Por un momento me perdí en el set de Agnes. Una nueva sensación de calor y pesadez asciende por mi torso hasta mi cabeza. No es el mismo calor que siento al consumir los cristales, hay más densidad. Alzo la mirada para observar en el corazón del club la razón por la cual estoy aquí. También observo alrededor. Ningún

raver baila en este momento, el tiempo mismo se congela ante la presencia de *Saturn*. En las pantallas se proyecta el nombre del dj, el cual gira en un vortex de líneas en espirales, siguiendo el patrón Fibonacci. No puedo recordar cómo llegué hasta aquí. La duda me sumerge en las imágenes. Mi mente gira, y yo giro en círculos con ella aunque no me mueva. Trasciendo con *Saturn Rings*, quien comienza su set.

[Glitch: <<]

Estoy frente al lote abandonado de la Caracas con 76, haciendo la fila para entrar. Este era uno de los tantos lotes en Chapinero que cayó en el olvido tras nunca cumplirse la promesa del metro bogotano. Según mi corta experiencia de vida, el ver la belleza en cada cosa hace parte de nuestra humanidad. Aunque es subjetiva, existen ciertas cosas de una belleza sublime para la mayoría: un cielo estrellado, los amaneceres o atardeceres en colores naranjas y morados, las montañas cuando sales de Bogotá. Pero encontrar belleza en estos paisajes es sencillo, incluso predecible. Entonces me pregunto por la putrefacción, la decadencia, el rechazo a los insectos, a la araña en la esquina del cuarto, al moho, a los escombros, a las cenizas. Descubro que es aún más excepcional encontrar o imaginar la belleza en la destrucción. Es en este club de techno improvisado que encuentro el valor humano de convertir lo destruido en algo

bello. La música, las luces, los *ravers* le dan un nuevo sentido de magnificencia.

Con Manu y Nico llegamos una hora y media antes del set de *Saturn Rings*. De esa forma podemos consumir los cristales en sorbitos toda la hora y estar a tope para el dj principal. En un esfuerzo por mantenerme serena dejé de participar en la conversación con mis dos acompañantes. Fue idea de Manuel invitar a Nico para que viviera su primer *cuantic set*, pero él ya tenía la cabeza demasiado llena de rumores. Hizo preguntas sobre el funcionamiento de las consolas cuánticas durante todo el viaje en transmilenio. Hizo aún más preguntas de camino al lugar sobre los efectos de los *tracks* en los asistentes. Le pidió a Manuel repetir la historia de Lina y cómo se convirtió en una orquídea en el último set al que fuimos. Cuestionó si fue real, si es que no estábamos demasiado drogados y si en realidad Lina desapareció, la secuestraron, la mataron o algo peor. Tenía el nerviosismo a flor de piel. En algún punto desistí de explicarle que esas experiencias eran mínimas y no sucedían por qué sí. Debía existir una disposición por parte del *raver* para que un cambio así ocurriera. Manu intentó explicarle que la superioridad de los *cuantic set* no residía en los posibles cambios físicos de la materia sino en la majestuosidad de la integración de la

música con los djs y los asistentes. Nada tranquilizó a Nico, pero eso ya no me concernía.

Electric X me sorprende con una disposición diferente a la que usualmente se utiliza en los eventos de techno. El atrio donde van los dj está en todo el centro del espacio, no al fondo, lo que otorga una experiencia 360°. A diferencia de otros eventos, no hay una sola pantalla, sino varias dispuestas en círculo y ubicadas a unos dos metros sobre nosotros, creando la ilusión de estar encerrados en una continuidad lumínica. Encima, en forma de X, hay dos finas pantallas rectangulares, más largas que anchas, que se iluminan en tonalidades rojas y negras.

Empiezo a bailar apenas entro. Frente a nosotros está la dj *Agnes Die*. Manu prepara la dilución de los cristales en agua. Tomo el primer gran sorbo. En el ambiente vuelan como puntos diminutos de escarcha las ondas mentales de quienes se encuentran totalmente abstraídos por la música. Es un ciclo perfecto: llegas; te elevas con los sonidos del *hard techno*, *industrial* y el *acid*; consumes; tu mente y cuerpo empiezan a navegar en los sonidos rítmicos de los *kicks*; conectas; bailas con los pies, con las manos, pisas duro, se agitan los puños, la frecuencia cardíaca aumenta; le sonríes a los demás porque ellos están igual, disfrutan como tú; entonces la intensidad de tus ondas cerebrales suben y se enlazan con la consola cuántica; el dj toma de la bruma las

intensidades más fuertes y transforma sus mezclas. Cada *cuantic set* es único porque ninguno se repetirá exactamente igual, ni con las mismas personas, ni con las mismas emociones o pensamientos. Al bailar, agarro los dedos de Manu porque vuelvo a sentir la pesadez ardiente inundando mi sien. Los giros se repiten, pero no entiendo bien por qué, si apenas acabamos de llegar. Entre las dudas le pregunto a Manu si soñamos, entonces él sonrío y a su gesto le sigue un sí. “Soñamos Rita, aquí estamos por fin”. No estoy segura de si esa es la respuesta que necesito.

[Glitch: >>]

Saturn Rings se erige nuevamente frente al escenario. Sé que ya lo he visto aquí, pero no a *Agnes Die*. Tiemblo ante la idea de que el *cuantic set* esté alterando mi percepción en este espacio. Tomo una respiración profunda, exhalo en cinco tiempos. Segunda respiración profunda, exhalo en seis. Debo recordar la regla de oro para evitar cualquier mal viaje: lo que sea que esté pasando, que fluya. No retienes, dejas ser. Si el *cuantic set* me lleva y me trae a destiempos en el rave, lo acepto.

Dejo de bailar para detallar al dj inglés: hoy, él es el director de una orquesta compuesta por las ondas de los órganos de los seres humanos que han decidido venir esta noche. Seis juegos de luces rojizas, tres al lado derecho y

tres al lado izquierdo, dejan entrever la silueta de sus cuatro miembros superiores que juegan hábilmente con los platos en los reproductores multimedia y el mixer cuántico en el centro del altar. Los platos metálicos del lado derecho, tocados apenas sutilmente por la veintena de dedos, marcan el tema de la noche. El dj decide dirigirlos a todos a la profundidad de un tópico Mollusca. Al lado izquierdo, sus dos brazos restantes tantean los platos que reciben las ondas del público. Son sus deseos, sus intenciones, sus miedos, la intensidad y el amor, el material con el cuál el dj creará hoy su mundo.

Al levantar la vista, veo la proyección en tonos verdes: la imagen distorsionada del torso desnudo de *Saturn* con sus diez pares de orejas. Un par en la cabeza, tres pares adelante en el pecho y tres atrás, dejando en el medio de la espalda el camino trazado por la columna vertebral. A diferencia de muchos djs de *cuantic sets*, *Saturn* no se realizó ninguna modificación quirúrgica. Cada una de ellas sucedió en un rave. Por eso, él es el más grande, el ícono por excelencia del devenir más que humano a través de la música del chararreo. Todo átomo queda bajo su mando y se transforma. Tal vez esto sea fanatismo, pero al ver a *Saturn Rings* veo a un dios. A mi lado, observo a Nico tirado en el suelo, se muerde las uñas y agita sus manos contra su cabeza. Está asustado, pero francamente no lo

entiendo. Supongo que algunos no están diseñados para esto.

Quedo atrapada en las imágenes en espirales de las pantallas. Cada una presenta un patrón distinto que remite a la perfección de la belleza áurea: hay flores contrayéndose y expandiéndose, vórtices múltiples en azul y verde, morado y naranja. Rostros, puntos, pentágonos, hexágonos y líneas parpadean segundo a segundo para formar mandalas infinitos en círculos, estrellas, copos de nieve, pétalos decayendo, elipses formando planetas, células bajo la mira de un microscopio, modelos atómicos en la nube neutrina. Cubos, pirámides, cuerpos de aliens dividiéndose en la mitad, prometeo, los humanos que surgen de la tierra y caen del cielo, la luna, el sol, y los moluscos. Ahí están, en el rostro de dos mujeres siamesas de cabelleras rojas, las conchas caracolas sobre las que mi abuela nos leía a mi hermano Luis y a mí. Aquellas que dieron paso al mundo a través de la palabra. “Kiwato”, susurro. Algo surge de mi pecho y viaja hasta la consola cuántica. Pienso de nuevo en la fluidez, huele al árbol de guayabas al que Luis y yo trepamos luego del colegio. Me dejo ser.

[Glitch: <<]

Me encuentro a mí misma ya abstraída en todo estímulo sonoro y visual del set de *Agnus Die*. Tiene un par de orejas

extras insertadas quirúrgicamente en los hombros, y otro par en la cima de sus senos. Dos alas de polilla sobresalen de su espalda, inmensas. En el aire las emociones que selecciona para cambiar las canciones se materializan en hilos de sangre. Con ellas se forma un entramado de cuerpo humano con sus nervios antes de ingresar a la consola. Danzo. Danzo balanceando los pies en pisotones fuertes en un compás de 2/4. Muevo los brazos en oleadas. Con Manu y Nico formamos un triángulo para crear espacio entre nosotros y saltar. *Agnus Die* pone una pieza que Manu y yo amamos: *Hell VIP de Kult*. Esta encaja perfecto con la intención que se forma alrededor: todo en rojo, las pantallas proyectando un hombre creado a partir de líneas, sangres y cadenas. Surge de la tierra, del centro, de la nada. La dj ofrece un hardcore industrial, voces sintetizadas a modo Virgilio, conductoras a los senderos del infierno. El tiempo pasa entre las repeticiones de sonidos.

[Glitch: >>]

Piso el suelo con vehemencia, imagino que lo reviento. Aspiro aire caliente, meneo mi cuerpo, agudizo el movimiento con los hombros y subo las manos con la esperanza de transmitirlo todo a *Saturn Rings*. Reviento el suelo por segunda vez. La melodía resuena en modo ultratumba, lo acompaña el sonido de tribales y campanas. Estamos en un ritual, todo se satura. Continúo susurrando

“Kiwato” mientras *Saturn* atrapa con sus cuatro brazos y multiplicidad de oídos las ondas caracol que surgen de mi cuerpo. No tengo consciencia del tiempo, si ha pasado un día o veinte años. La bruma escarchada se hace más espesa, más húmeda. Al cerrar los ojos, escenas de mi vida pasan a la velocidad de un jet: las risas de Luis. Caracolas. Las trenzas de mi abuela. Caracolas. El camino en descenso a la escuela. Caracolas. La colada de achira. Caracolas. Mi fiesta de 15. Caracolas. La inscripción a la Manuela Beltrán. El ejército. Nubes espesas caen en esa última visión. Ahí no quiero estar. El tiempo se dilata. Sigo bebiendo de los cristales, grito, salto y en un desvanecimiento, *Saturn Rings* lanza un punch estremecedor. Suena:

En recintos de magia

soles

deviene el gavián tijeretero.

Silva ave cóclea

las alas abre

anuncia en vuelos de anillos

universo sin astros carroñe

trae el Yuwesei.

Niños preguntan: Yuwesei ¿qué es?

Responde ella:

*es el poder de recordar con el corazón
coracola.*

Ahora sé que *Saturn Rings* me toma como materia prima. Pensé que sería más difícil de asimilar el cambio. No lo es, porque le abro la puerta. Susurro las mismas palabras de mi abuela e influyen aliento de vida para mi transformación. Me siento ave gavián. Vibran mis plumas, las ondas navegan bajo mis alas. Basta solo un instante para que de la bruma escarchada y de mis emociones surja una caracola gigante. De ella, un puente se teje hasta mí. Entonces, lo cruzo.

La vista dentro de la caracola me deja extasiada. En ella se extienden en miles de círculos mis recuerdos y mi vida. Tengo el gesto pasmado. Mi cuerpo, antes rítmico, camina cortante entre el lugar infinito que se desprende ante mis ojos. Mis memorias se presentan, una a una, en patrones de espirales. No dejo de escuchar los sonidos del *hardcore*. Ya no soy capaz de distinguir si es la música quien me crea o soy yo quien la cambia. Distingo el *track* que ahora retumba y modifico: *The devil wants to meet you*. Al profundizar en mis memorias surge de un círculo un Luis sonriente, saltarín. Está en sus 15 años, lo delatan las manillas. Mis alas detienen su vuelo, y aunque sea un ave, lloro. No veo a Luis desde hace 7 años. Puedo sentir en cada pluma el miedo de haberlo olvidado, porque no

importa cuánto intente mantenerlo en mi memoria, los humanos siempre olvidamos. No sucede así hoy: el *cuantic set* abre ante mí la posibilidad de la memoria exacta, de la memoria cuántica. Mi hermano me llama con su mano, sabe quién soy incluso en mi forma de Gavilán. Y yo lo sigo.

*

Dos niños trepan el árbol detrás de la casa de la abuela para dar al altillo de la habitación principal. “No pueden pasar”, les había dicho su mamá, “son temas de adultos”. Luis trata de convencer a Margarita de la importancia de entrar al dormitorio: su abuela y sus padres deciden quién se encargará de la custodia de ambos. Solo una pregunta tiene Margarita: “pero nos dejarán juntos. ¿Verdad?”. Luis le responde: “Si no lo hacen nos vamos”. Era todo lo que ella necesitaba saber.

Sin previo aviso, la abuela sale y les pega un grito. Del susto, Luis cae del árbol de una sola sentada. Una Margarita pequeña no puede evitar reír a carcajadas antes de taparse la boca de un manotazo. Luis la fulmina con la mirada, quiere arremeter contra ella por burlarse, pero cuando se pone de pie ya es muy tarde. La abuela está frente a ellos con los brazos cruzados. Los mira directamente a los ojos. “Vengan”, exclama, y a ellos no les queda más opción que seguirla hasta la entrada trasera de la casa. Luis se queja,

tiene los puños apretados y se prepara para discutir todo lo que sea necesario. Pero cuando la abuela da la vuelta hacia ellos, se extiende en el gesto de un abrazo. “Se quedan aquí, conmigo y con su madre”. Los niños vuelven a respirar.

Luego de un llanto escueto y lágrimas secas, la abuela le pide a Alexa poner *Café du Monde by Putumayo* “para alegrar el ambiente”. Toma de los estantes un libro. La portada blanca y su grosor son suficientes para que Margarita grite: “Coracolas”. La vieja utiliza siempre el mismo relato para expresarle amor a sus nietos. “De dónde vienen mis padres, por allá en el Putumayo, cuentan que el mundo viene de las caracolas. De la concha de Kiwato que iba lento, lento, surgió el Universo. Y surgieron los sabores caracolas, los colores caracolas, los paisajes caracolas”.

“Siempre deben recordar que Kiwato también es el corazón, y somos nosotros. Por eso les decimos *coracolas*” y entonces dicen los tres juntos: “porque en sus conchas llevan sus pensamientos y sus sueños”. Luis se concentra en la forma de las palabras, Margarita en los colores de la acuarela. “Si les cuento esto es porque nos vamos a Bogotá. Aunque cambiemos, no podemos olvidar a Kiwato, el centro”. De soslayo, Margarita y Luis comparten la mirada. De los labios de Luis, Margarita lee un: “no escapamos”.

[Glitch: <<]

Dos niños se alistan para el colegio. Una Margarita con coletas le recuerda a Luis la prisa que tienen para comerse el huevo tibio. Luis no coopera porque el partido de la Eurocopa es más interesante. En eso Margarita aprovecha y zampa un manotazo al pan rollo de su hermano. Sabe que es su favorito. Sale a correr, solo así lo espabila. Luis pega la carrera tras ella, aunque su hermana sea tres años menor es mucho más ágil que él, se mueve más. Pero él tiene zancadas más largas. Cuando está a punto de alcanzarla lo frenan los gritos de sus padres en la habitación principal. Discuten otra vez y eso los paraliza. Nunca pasa a mayores, pero las palabras y los insultos son tan fuertes que parecen haber envejecido 10 años. Sin dudar, toma la mano de su hermana para ir a su habitación. El pan ya no importa, el desayuno tampoco. Incluso, es probable que no vayan hoy al colegio. Mira a Margarita al borde del llanto “no pasa nada, vamos a estar bien” le asegura.

Margarita suelta sus coletas, la presión le hace doler la cabeza. Igual, ya no irán al colegio. Decide, en cambio, fijarse en los movimientos de su hermano. Él saca del cajón de juegos los bloques de lego. Margarita se siente honrada, casi nunca se los deja ver. Ella ya ha perdido varios. Pero hoy eso tampoco importa. Mientras Luis alista todo en el piso le habla a Alexa y le pide que reproduzca el álbum *Whatever it takes* de Imagine Dragons a todo volumen. Es

el favorito de Margarita desde que la maestra Marcela lo puso en el colegio para realizar pausas activas. Luis la vuelve a mirar y le ofrece jugar. Miran un tutorial para construir una casa, ojalá similar a la de su hermano en Roblox. Dos niños están felices encerrados en el cuarto, la música a todo volumen. Afuera, sus padres envejecen cinco años más.

[Glitch:>>]

Margarita vuelve a golpear con el periódico a Luis y le grita que es un asno. Le estresa que no se tome las cosas en serio. Lo único que ella quiere es que se luzca en esa fiesta de quince. De todas las invitaciones recibidas en los últimos meses solo a esta ha decidido ir ¿Por qué? Pues va la chica que lleva diciéndole ‘no’ a sus besos durante dos meses. Eso no le interesa, a ella qué con todas las chicas que Luis quiere besar en el colegio. Sin embargo, su hermano le promete llevarla si ella le enseña a bailar salsa de manera decente. Sería su primera fiesta y mamá ha dicho que sí, porque no cree que Margarita logre su cometido. Pero ella se conoce, nunca le dice que no a un reto. No importan cuantas bromas más deba soportar, ni tampoco cuántas veces su hermano juegue a besar la silla como si fuera Valeria. Mucho menos importan las distracciones, las mil veces que su madre le ha pedido a Luis que baje, suba, traiga, lleve o ponga algo en la casa. Nada de eso importa

porque ella hará que Luis baile salsa como si hubiera nacido en la mismísima Cali.

Luis respira hondo, sus fosas nasales se abren, las manos se aprietan contra el espaldar de la silla. Se siente exhausto. Él quiere comportarse en la clase de baile de su hermana, pero es inevitable montársela cuando el recurso al que Margarita ha acudido para enseñarle los pasos básicos es ponerlo de pareja con una silla. “¿Sabes que se lo contaré a cada chico con el que salgas, verdad?”. No pasan ni dos segundos cuando Margarita arremete con el periódico y le grita: ¡asno!

Ella levanta su brazo derecho en gesto amenazante y le dice a Luis que ni él ni nadie va a arruinar su primera fiesta. Luis suelta una última carcajada, le palmea la espalda a su hermana y le grita en el oído: “los dos vamos a ir a esa fiesta juntos, idiota. Si no, ¿quién me va a ser de perchero toda la noche? ¿Ah?”. Luis se voltea y le pide a Alexa que reproduzca algo más caribeño. Del equipo salen las primeras notas de “*Yo voy Ganao*” de Systema Solar. De un brinco, Luis comienza a mover su cuerpo como si estuviera pescando, el olor del mar se hace verdadero y él apunta: “quizás deba conquistarla con ... Mojarra frita, camarón, chipi chipi y mi caldero de arroz, yo voy gana’o. Uy...” sale cantando la canción. Margarita se va, no sin antes volver a repetir: ¡asno!

Navego entre los recuerdos. En mi forma de Gavilán soy toda Margarita, pero también toda Luis. La figura de mi hermano que viaja conmigo en la caracola gigante de mi memoria surca hacia nuevos recuerdos en una red empantanada. Al dirigirse allí, una punzada de dolor hirviente agujerea el centro de mi pecho-ave. No quiero ir. Quiero mantenerme aquí, cuando éramos niños, cuando éramos adolescentes, cuando el mayor problema era la rigidez de mi hermano. Sobrevuelo hacia la dirección contraria, me hago más grande y cargo a Luis hacia allí, lo obligo.

Sin dejar de ser, *Saturn Rings* avanza *track* tras *track*. Sus cuatro manos se mueven con fuerza entre los discos de la consola y cada botón que pueda relatar la historia de Luis y mía. Ahora, el techno es más profundo, seco, metálico y ácido. Hay un ‘tucum’ cada segundo, un ‘pa pa pa’ cada dos. Alrededor, los ravers bailan enfurecidos. Sus puños golpean las espirales, caracolas y conchas que emergen de la bruma escarchada. En las pantallas brotan flores, brotan cuadros áureos, brotan universos, explota la vida y mi alma.

Cuando creo entrar en el recuerdo de mi abuela tejiendo canastas y escuchando a Jeanette, *Saturn* detiene la mezcla. Sus dos manos izquierdas palpan suavemente los platillos de aquel costado. Él va en contra de mi decisión y lo

manifiesta. En un estrépito dirige los dedos con la velocidad de un guepardo y los platillos viran, viran y viran. De ellos provienen en manada cientos de venas vertiginosas, entran en mis memorias y me estampan a mí y a Luis contra los recuerdos evitados. Capto profundos susurros de Luis hablando, de él decidiendo su porvenir al graduarse del colegio. Su doble adolescente me retiene en sus brazos y juntos caemos, ahí, en los lagos pantanosos de mi mente.

[Glitch: <<]

Una Margarita adolescente le pide a su hermano por segunda vez detener el movimiento continuo de la pierna. No es que le moleste ese gesto de ansiedad y emoción en Luis, mientras él le explica lo que hará al entrar al ejército, pero el pie chocando contra el piso produce un sonido tan fuerte que la voz de su hermano se desdibuja. A eso le añade que al hablar parece estar rapeando sobre su futuro. Entre la velocidad, las cortas respiraciones y el pie estrepitoso, Margarita no comprende nada. Entiende que Luis quiere irse por la línea de la programación y la robótica; también entiende que quiere aprovechar sus estudios técnicos hechos en décimo y once para la ingeniería; pero aún no le queda claro cómo se relaciona eso con el ejército.

—Bro, otra vez y más despacio que no entendí bien esa parte de lo de ser un soldado primero y la libreta y la ingeniería. Pero despacio.

—Te estás fijando demasiado en lo del ejército. Si no me pusiera tantos peros ya habríamos acabado, Rita. De nuevo: yo puedo entrar al ejército y hacer todo el entrenamiento como soldado y luego soldado profesional. Obtengo la libreta, me postulo para trabajar en la parte de computación. De ahí hago todo el proceso para entrar a la carrera de robótica y automatización industrial en la Universidad Militar. Sis, el estado le cubre el 50% de la matrícula a los soldados. Hago la carrera. Soy el mejor de todos con mis notas. Mis superiores ven el genio que soy programando. Me dan una beca para ir a trabajar como miembro del ejército colombiano en el exterior. Me vuelvo un súper científico, la NASA me contrata, soy el primer colonizador de vida en otro...

—Bro, bájale dos.

—Rita, es el súper plan. Lo tengo todo en mi mente. Tan fácil como robarle los dulces a un niño, tan fácil como la tabla del dos. Y entonces me la llevo conmigo para las Europas, ¿cómo le quedó el ojo?

La conversación me produce un retorcimiento profundo en el vientre. No quiero escucharla, no quiero ser la

espectadora. El dolor es tan agudo que mi forma de Gavilán se pierde para ser humana otra vez. Siento como si cada inhalación fuera el equivalente a inhalar 100 agujas. *Saturn Rings* hace parte de mi paisaje en el mundo que hemos creado. El doble de mi hermano, aquel que observa conmigo, solo yace al otro lado del cuarto pasmado y mudo. Ya no soy capaz de escuchar la música del club, tampoco visualizo a ninguna persona ¿Estos son verdaderamente mis recuerdos? ¿y si la consola cuántica no solo me otorga la oportunidad de vivirlos sino de cambiarlos? Hago un [Glitch:<<5 minutos antes] e interrumpo la conversación para pedirle a Luis que no vaya al ejército. Le pido por favor que piense en otra universidad. No funciona y contra mi voluntad sucede otra vez un [Glitch:<<5 minutos]. La escena anterior se repite igual “te estás fijando demasiado en lo del ejército...”. Luis agita su pierna frente al computador, soñando, soberbio, sobrado, seguro de sí mismo y su porvenir. Lo intento dos, tres, cinco, ocho veces: “Lo tengo todo en mi mente. Tan fácil como robarle los dulces a un niño”. Lo intento trece, veintiún veces. “Me la llevo conmigo para las europas...”.

Mi interior hierve. Me palpita todo el cuerpo, los brazos, las piernas, los cabellos. Resoplo, los dientes revientan mis labios. La mandíbula se me quiebra debido a la cantidad de cristales que consumí. Aúllo contra *Saturn*. “¿Por qué putas

me obligas a entrar aquí? Maldito hijo de puta. Malditos mentirosos de mierda, yo sé que ellos no lo mataron”. Desde mi ser, mis palabras desprenden llamaradas de hierro y azufre. Las perlas de sudor en mi cuerpo se evaporan para ser una con la bruma escarchada del rave. Vuelvo a tomar consciencia de Manuel y Nicolás. Manuel se ve eufórico, aúlla conmigo. Nicolás no para de mirarnos y cuando ve el agua de su cuerpo siendo humo, huye. Y con él huyen más ravers. No me soportan, la rabia es mi sello.

Saturn Rings, el *king* de los *cuantic set*, no me abandona. En su rostro empieza a punzar una herida abierta. Le nace un párpado, le crecen pestañas, revienta un nuevo ojo. En sus *tracks* comienzo a escuchar voces de cobre que claman por la transformación ¿Transformación, la mía?, y dicen algo más: “¿qué es lo único que siempre llega aunque no lo invites?”. Detrás de mis ojos veo el ataúd de Luis, su cuerpo en él. Escapo. El recuerdo de Lina convertida en una orquídea viene a mi rescate. Aquel momento estuvo lleno de tanta sorpresa que Manuel y yo lloramos. Esa era su esencia, todo el recinto quedó impregnado de una brisa floral cuando el evento acabó ¿En qué me convertiré yo? Me ahogo en rabia, ya no surgen espirales, ahora solo hay conchas secas. En un intento desesperado, bombeo sangre hacia mis piernas y me dirijo hacia una Lina-orquídea iluminada por los rayos del sol.

*

—Desde que traje a Lina-orquídea a la casa mantengo las cosas más arregladas, bebés. No sé si sea una locura lo que vaya a decir, pero aunque Lina sea una planta, marica, yo siento que me mira.

—Parce, Lina, que era toda maníaca con el orden, dijo: me tengo que transformar en una orquídea a ver si Manu es organizado por una vez en su vida. La próxima vez me transformo en un inodoro para ver si mantiene limpio ese baño.

—Ay, Margarita, no sea sucia.

—No sea sucio usted y lave esa vaina.

—Ammmmm. Oigan, ¿están seguros que esta planta es Lina?

—Y dele. Nico, que sí.

—Pero ustedes se soplan hasta el polvo del tapete en los raves. ¿Y si trajeron una planta cualquiera y Lina en verdad está desaparecida? Mmmmm, vi en Meta que en Berlín ya han acusado a algunos techneros de desaparecer gente. La familia los busca, se han iniciado planes de rescate.

—Bebé, los tombos y la gente de ley nunca entienden bien nada de esto. Tienes que haber estado allí para saberlo. Le juro por mi madrecita linda que es Lina. Hablando en

serio, desde que ella está aquí el olor floral que siempre la acompañaba no cesa. A veces sueño con ella.

—¿Te dice algo, Manu?

—No, o no sé, no hay palabras. Pero a veces flotamos, como si estuviéramos en el cosmos. Otras veces sueño que hago parte de sus hojas. Se siente cálido. Y Nico, si quiere pruebas quédese con Lina-Orquídea, se va a dar cuenta que ella se automantiene viva. Yo no le echo agua ni nada de esas mierdas.

—No sé, marica. Hasta no ver no creer.

—Hombre de poca fe. ¿Acaso no te he dicho que si crees verás el reino de los cielos? Ish, pero no me mire así. Hmmm, Manu ¿me puedo quedar esta noche? ¿Qué tal y sueñe con ella?

—De una, Rita, mi casa es tu casa.

*

Es inútil. Soy absorbida por el rave presente. Regreso y *Saturn* demanda: “¿Qué es lo único que siempre llega aunque no lo invites?”. La pregunta se repite una y otra vez. “Contesta, Margarita, ¿qué es lo único que siempre llega aunque no lo invites?” “La muerte. La respuesta es la muerte”, le digo. *Saturn* asiente y termina su *track*. De

pronto, desciende el ritmo del chatarreo para dar paso a una voz robótica.

*Llegan, de la muerte, mis besos,
vuelve a mis manos y renace,
duerme sin sueños, huestes de ángeles
Los ángeles también son mensajeros de la muerte.*

Tras las palabras pronunciadas, soy empujada hacia el funeral de mi hermano. No tengo forma de gavián y empiezo a perder mi forma humana. El deseo de no estar aquí es tan fuerte que mis pies se erosionan en roca volcánica. La sedimentación sube a ritmo de caracoles *Chrysomallon squamiferum*. Decenas de estos moluscos volcánicos rodean mis extremidades inferiores.

Escucho la voz de doña Rosita, la primera amiga de mi madre y abuela cuando nos mudamos a Bogotá. Ella abraza a una Margarita fantasma de ojos rosados e hinchados con un contorno negro azabache. ¿Cuántos años tenía? Diecisiete. Ese año me iba a graduar de once. La Margarita fantasma, quien soy yo misma, no atiende a ningún estímulo a su alrededor. De pie, a tres pasos del féretro, se pellizca las manos cada trece segundos para comprobar si duerme. Lleva dos días, con sus noches, pellizcándose,

mordiéndose, arañándose, con la esperanza de despertar. Pero la realidad sofocante sigue siendo la misma: su hermano fue asesinado en combate. A medida que siento el dolor de mis vivencias acumuladas, más caracoles volcánicos rodean mi superficie. También los veo en el cuerpo de *Saturn*. Mi renuencia y la rabia nos matará a todos aquí.

[Glitch:>>]

Me levantan los alaridos de mi madre en la madrugada. Salto de la cama sin siquiera calzarme las chanclas porque abajo sus gritos lo llenan todo. En esos breves segundos que tardo en llegar a su cuarto mi cabeza arma una hipótesis: se entraron los ladrones; alguien se entró y la están violando; no es la voz de mi madre sino una película de terror y el volumen se le disparó en el equipo de sonido; alguien se murió, la abuela, mi abuela.

Cuando entro a su cuarto la veo en el suelo, lo golpea con los puños, su mandíbula se abre en gritos y llantos. Al verme exclama en una voz descompuesta: “¡LUCHO, mataron a Lucho!”. ¿Qué se necesita para desarmar una vida? ¿Cuántas palabras son suficientes para quebrar el alma? Ni yo, ni la Margarita de diecisiete años nos habíamos hecho alguna vez estas preguntas. Cuatro palabras bastan para que el ser se te vaya en pedacitos de

porcelana rota. En mi negación, subo otra vez a mi cuarto y tomo mi celular para escribirle por el chat del *Metaverse* a Luis. Lo maldigo por no tener activada la conexión de última hora. Lo maldigo por ser un perro mujeriego que oculta esas cosas para que ninguna chica lo cele. Sin respuesta, comienzo a gritarle al celular: “Contesta, contesta, ¡Contesta!”.

Ni la rabia, la desesperanza, el odio o el dolor me han abandonado en los últimos seis años, pero en el sufrimiento de la vida luego de su muerte supe anestesiarlo todo. Ahora que revive no hay nada que lo contenga. Un *Chrysomallon squamiferum* alcanza la parte trasera de mi nuca y abre un pequeño agujero. De allí, el sistema nervioso de mi cuerpo se desprende en miles de lianas de fuego. Me desuellan la piel rostizada, explotan mis músculos, rodean el recinto, se enraízan en las paredes, rompen el suelo y me elevan. A pesar del miedo que me tengo y a mis sentires, no tengo más fuerza para servir de contenedor. De las pantallas delgadas en forma de X en el techo desciende mi hermano con sus manillas.

—Morirán todos aquí, Margarita-Volcán.

—Estoy cansada. Llevo siete años ahogándome en la ira ¿qué pasó realmente?

No hay respuesta, y simplemente soy arrancada a otro recuerdo.

[Glitch:>>]

Luego del funeral y del entierro, un amigo de Luis me contacta a través de la realidad virtual *Metaverse F*. Mi avatar, que toma las características de mi yo real, es ahora la figura de una mujer esquelética. Ha pasado un mes y no queda más espacio en mi piel que maltratar para comprobar si todo no ha sido más que un sueño. Sergio se presenta, tratando de explicar quién es. Lo interrumpo para confirmarle que lo sé porque mi hermano y yo nos contábamos todo. Él fue el primer amigo de Luis en el ejército, el primero con quien pudo tener una conversación decente sobre programación. A tartamudeos, Sergio me dice:

—Mmm... no sé bien...tal vez deba empezar por... estoy aquí porque...

—¿Por qué?

—Margarita, Luis era como un parcerito para mí, el mejor hombre que he conocido en toda mi vida. Y por eso estoy aquí, para contarle algo.

—¿Contar qué?

— Es algo sobre lo que pasó el día que lo mataron. Verá, a Luis no lo mató la guerrilla. Ese día no estábamos en campo. Bueno, yo sí, pero patrullando.

—¿Cómo así? Explíquese, el coronel que nos llamó dijo que en un recorrido les cayeron. Luis murió en el tiroteo con Diego.

—Yo no sé bien que pasó, por favor no me pregunte detalles, pero esa noche no estaban en ningún recorrido. A Luis hace rato alguien se la tenía montada, usted sabe que el parcero era buena persona pero... también se le iba la mano con esa sinceridad y manera de bajarse a todas las viejas.

—Sergio, ¿qué quiere decir? Si usted sabe algo dígame bien lo que pasó, por favor.

—Ya le digo que estaba patrullando. Cuando terminé el turno y volví me enteré que lo habían matado. Y eso fue dentro del batallón. Vea, yo solo quiero que... no sé, no parece correcto ocultar esta información. Solo eso, alguien dentro del batallón mató a Luis.

Sergio se desconecta apenas termina. No me deja decir nada más, tampoco puedo llamarlo de vuelta. En mi mente resuena con fuerza sus palabras sobre todas las chicas con las que Luis salía. Mi hermano llevaba un par de meses conquistando a todas las mujeres en las que su coronel se

fijaba primero. Desde que llegó, ninguno de los dos pudo soportarse y como capricho principal de su primer año en ese lugar, se empeñó en “bajarse” a todas las chicas con quienes el coronel sostenía una mínima conversación. Se salía con la suya, siempre. Hijo de tigre sale pintado, le decía mi mamá.

El recuerdo sobre la verdad cataliza la fuerza volcánica de mi interior. Las reminiscencias de estos acontecimientos, de la injusticia cometida contra mi hermano alimentan la cólera por años sepultada. Yo lo amaba más que a nadie, era mi mejor amigo y ese hijueputa se lo llevó.

Las mentiras, el peso de cargar año tras año con los procesos fiscales dilatados, las caras largas de los funcionarios que me pedían pruebas verídicas. Cada uno de los malparidos que decidieron callar. La hipocresía del coronel al defenderse y decir que él cuidaba de todos sus hombres. El honor de un militar que no haría eso porque juró ante dios y la patria cuidar a cada miembro de su país. Dios y patria. Dios-y-patria, Diosypatriadiosypatriadiosypatria desdibujado. Todo patrañas. ¿Por qué contenerme más? Si dejo que la ira me consuma mi ser lava podría alcanzar a ese dichoso coronel. Podría hacerlo sentir las entrañas revueltas y arrancadas de lo que significa perder a quien más amas. Podría sumergirlo en la más honda soledad que se te enraíza porque jamás

volverás a escuchar a esa persona, ni olerla, ni vivirla. Podría traer a *Saturn Rings* conmigo, ser dj, *raver*, consola cuántica, azufre, azotes, fuego e infierno eterno para vengar a mi hermano.

Lo vuelvo a escuchar con sus manillas y le riño. De la consola surge mi voz masterizada “Morimos todos, nos quedamos sin esperanza y sin fe”. Sobrevienen en mí recuerdos de estos años en bucle: las noches de tristeza orando para que mi hermano me hable en sueños [glitch]. Los meses sin comer [glitch]. La depresión de mi madre [glitch]. Los cumpleaños que no le celebramos [glitch]. La primera navidad sin él [glitch]. La desestimación del caso por falta de pruebas [glitch]. Las noches tirada en el suelo intentando respirar a través del llanto [glitch]. Los reclamos a Dios, a la vida, al universo [glitch]. El sinsentido de repetir animes si no era con él [glitch]. Las noches en que la existencia era soportable gracias a los cristales [glitch].

Saturn Rings se atornilla a la consola cuántica para que esta no salga volando. La visión de mi hermano rema hacia mí en el mar de fuego, roca y cenizas esparcidas por el club. Toma en sus manos lo que queda de la bruma escarchada de los ravers que tengo atados en el suelo. Con ellas y el poder de las vibraciones que *Saturn* le otorga, crea una esfera a mi alrededor. Parpadeo. Las luces se tornan

blancas y me ciegan. Ahora solo veo a Luis frente a mí. Habla.

—Morirán todos aquí, Margarita-Volcán, si no cambias.

—Que se mueran, que todos sean el abono y alimento de las tierras que alcanzarán a tu asesino.

—Incluso si haces eso, yo no volveré.

—Debe pagar por lo que te hizo, debe pagar por lo que nos hizo—. Corro hacia la esfera en un intento por reventarla. Las lágrimas surgen como agua de mar del caribe. —Quiero que sienta lo que yo siento —me quiebro en llanto—. Ya no puedo más, Luis, ¿por qué pasa esto? Solo quería escuchar tu voz una vez más, la voz de la abuela. Te quiero de vuelta. ¡¿Por qué no puedes volver?! ¡¿Qué pasó realmente?! ¡¿Por qué tenías que meterte con todas esas mujeres?! Te odio, lo odio, me odio Luis, me odio.

—Margarita, mi pequeña ratona. Yo sé por lo que has pasado. Entiendo tu ira porque también es mía. Entiendo la desesperanza, porque yo he estado allí. Rita, yo he estado aquí y te he vivido en cada dolor, cada lágrima y cada angustia.

—¡No es cierto! Eres una proyección de mi mente, eres lo que mi cabeza produce—. Vuelvo a tirarme contra la

esfera, se agrieta un poco más.

—¿Y qué importa eso? Eres mi hermana, me conociste mejor que nadie. Tu rabia te cubre y protege, tampoco puedo hacer nada por la desolación que dejó mi ausencia. Pero, Rita, yo no soy solo lo que pasó aquel catorce de octubre. Sí, la ira ha llenado cada recuerdo que tienes de mí. Sí, la tristeza quebró todo. Pero yo soy mucho más que eso. Soy la arveja que desgranamos en la cocina siendo niños, soy los bailes de la abuela en mitad de la sala, soy la cama que compartimos en la noche cuando no podías dormir, soy las siestas de los domingos, soy el chaperón que te llevó a tu primera cita con Mariana, soy las peleas por el control y por quien lavaba los baños el sábado en la mañana, soy las canciones que nos compartimos y que hacían que cuatro horas parecieran diez minutos. Podrán pasar los años, puede que mi muerte haya significado el fin de nuevas experiencias juntos, pero eso no nos quita lo vivido. Ni a ti, ni a mí. Soy en ti, Margarita. Por favor, no elijas solo verme con la lupa de la esperanza perdida cuando fuimos los mejores hermanos del mundo.

Lo que queda de mi cuerpo se hace un ovillo dentro de la esfera escarchada. Si la rabia permea el pasado. ¿Puede nuestro pasado permear mi cólera presente, mi yo naufragado? Luis me carga en sus brazos y me lleva en

dirección al salón de baile alquilado para mi fiesta de quince.

—Tuve una hermana única y diferente que no quiso bailar el típico vals en sus quince —dice con sarcasmo—. ¿Te acuerdas? Esta canción será por siempre tuya, Margarita, nunca se te olvide que tu existencia es lo mejor que a mí en esta vida me pudo pasar.

Dos hermanos, Luis y Margarita, avanzan hacia el centro de la pista. A pesar de que Margarita no deseaba bailar ninguna canción en su fiesta, se dejó convencer por Luis. La canción era una sorpresa y eso la aterraba más. Al sonar, Margarita reconoce de una vez el ritmo de las marimbas y los tambores. Bailarán al son de los canunos de Herencia Timbiquí y su canción “*Sabrás*”. Un Luis orgulloso le sonríe de vuelta a la estupefacción de su hermana y le susurra “Feliz cumpleaños, boba”. Comienza el baile y todas las Margaritas y Luises que alguna vez estuvieron juntos: pequeños, niños, adolescentes se mueven al ritmo de la percusión de la banda y su letra. “*Sabrás*” llega a cada fibra tejida de mis células y mis memorias. Permea con el poder de un pasado rememorado, permea con el *Kiwato* y el *Yuwesei* de nuestra abuela: la capacidad de recordar con el corazón.

Observo, y entonces vuelvo a ser la niña pequeña que solo quiere ser protegida por su hermano. A nuestro alrededor la esfera se abre para mostrar a un *Saturn Rings* que convierte mis ondas intencionales en el último *track* de la noche. Une “*Sabrás*” con los ritmos del matraqueo, creando una fusión del Pacífico con el hardtechno. La consola se expande y los dj de *Saturn* ecualizan en *High EQ* la letra del primer verso de la canción. Crea una cadena de *reverb* y el ambiente del mar se satura y diluye en figuras paralelas. Los caracoles volcánicos mudan en caracoles comunes y su baba cierra cada herida provocada. Cierran mis palmas de cristo agujereadas y alivian el candor de las lianas que aprisionan a cada raver del recinto. *Saturn Rings* acompaña cada uno de mis movimientos y ambos podemos sentir el devenir del último punch de la noche en la madrugada bogotana.

A medida que me hago más pequeña en los brazos de mi hermano, cadenas de nuestro ADN se arremolinan entre nosotros en círculos entrelazados. La matriz de mi madre se teje entre nosotros. Vuelvo al origen, a la misma leche materna, al útero-casa de los dos, vuelvo al vientre y al espermatozoide de cada uno de nuestros antepasados. Retorno a las eras del tiempo, a la naturaleza áurea de la creatividad que inundó el mundo con espirales cretáceas. De la tierra en el

lote abandonado de la Caracas con 76 brotan sedimentos de piedra caliza y lulita.

El alma marina de los mares ancestrales trae consigo el calcio de las conchas y esqueletos de amonites, bivalvos y trilobites. Millones de años de vida mollusca tapizan el improvisado club de esta noche. En estruendos metálicos sabor a brisa de playa, *Saturn Rings* finaliza su set y se despide: “Los ángeles son los mensajeros de las caracolas. Vive en el mar del pasado que riega la rabia, el dolor y la tristeza”. La matriz caracola tipo Ammonite se calcifica y me hace un cuerpo baboso y blando. Con mi rádula segrego las mucosidades para sellar la apertura de la matriz-caracola y ser una en el principio del nacimiento. Mi epifragma se adhiere a la entrada del lote y en las paredes sedimentarias que contarán la historia de los millones de años transcurridos en este amanecer.

Fragmentos desordenados del archivo sobre “El parásito/camarón/bicho del tiempo”

Claudia Amador

A Mona y a ti las unieron un par de manos; las benditas manos.

Se conocieron en la sala de espera, muchos años antes, cuando el parásito del tiempo estaba en pruebas y era un milagro. Mona se sentó al frente tuyo y tenía las rodillas raspadas, con heridas abiertas. Creíste ver pus en su rodilla, creíste ver una galaxia muriendo. Las manos las tenía envueltas en bolsas de basura: sus brazos terminaban en tenazas negras de plástico.

Ella no te miró, –luego te diría que sí, que por supuesto, que te echó el ojo enseguida–; “tus manos resaltaban”, te dijo después, se notaba que habías sido bella. Llevaban las manos con vendas, al igual que el cuello. Tu papada se adhería a la carne por medio de la venda blanca y rígida.

Pasaron ahí mil años, mil doscientos, hasta que Mona habló. Te habló: “yo me arrancaba los pellejos de los pulgares, ¿sabes? Los que rodean la uña. Nunca me comí

las uñas, me parece una asquerosidad, pero la piel alrededor me parece una delicia. No sé cuándo empezó: es cosa de toda la vida. Desde niña me los mordisqueaba y sacaba sangre. Pienso que tuvo que existir un momento primigenio, en el que la piel estuvo lisa por completo, sin marcas de dientes, y algo me llevó a rasparla tanto con la uña que se levantó para nunca volverse a acostar: uña anular con pedacito de pulgar, así ha sido siempre. La abertura nunca volvió a cerrarse. A veces tenía sangre en el anular y no sabía por qué, la cosa se volvió compulsión, manía. Ya no me dolía. Imagínate levantar la misma piel, la misma zona por años, por 20 o 30 años, y siempre cicatrizaba, bendita piel joven, siempre cicatrizaba. Mi mamá les decía a esos pellejos arrancados ‘los capuchitos’, déjate los capuchitos, Mona. Y es que no me dejaba los benditos capuchitos en paz; era antiestrés, era terapéutico. Soy un conjunto de manías en marcha: un reloj dañado que solo hace tic tic tic y nunca llega al tac. Lugar común e intento de poético, pero es verdad. Porque nunca sé a qué se debe tanta manía sin sentido. Bendita piel que me dejó arrancarla y volvía a nacer y pegarse.

“Pero luego alcancé cierta edad: ya la piel no era tan agradecida. Con cada mordida de capuchito empezó a armarse un queloide feo y grande, la piel empezó a verse arrugada y mal pegada, los pedazos que me arrancaba con

los dientes quedaban cóncavos, con la carne viva y rosada: se me notaba la vejez alrededor de la herida con piel nueva. Debí parar, pero, ¿cómo detener a una máquina que ha hecho lo mismo 50 años? Me arranqué los capuchitos con más rabia: la tirita de piel iba más allá de la cicatriz vieja, se levantaba y me llegaba a la unión entre dedo y mano. Un camino rosado de sangre y piel finita. No busqué ayuda, pero eventualmente me vieron y me denunciaron en contra de las buenas costumbres y la buena belleza. Me daban por pérdida, me amarraron las manos y empecé a morderme los pellejos de los labios, a sacarme sangre de la boca reseca. Se habían rendido conmigo, me tocaba trabajar toda cubierta. Hasta que empezó el runrún del parásito este, del bicho que sanará nuestros problemas y aquí estoy. No me importa morirme en el intento, necesito morderme los bordes de los dedos, sentir la piel dura y el que loide rasposo. Necesito arrancarlo para que vuelva a nacer joven”.

Tú solo la miraste y asentiste.

Su llamada será transferida al buzón de mensaje y será cobrada después del tono.

Piiii.

Por favor, hija, contéstame, por favor contéstame, me mata la rabia; me está subiendo por el cuello y me atraganta en bilis negra y agria. Yo no hice nada malo. Estaba sentada tranquila en el jardín y pasó Consuelo. Y, Consuelo, tú sabes que siempre se está bamboleando con su pelo largo y liso y abundante lleno de injertos desde los años pasados... Y cómo se acaba de hacer un tratamiento, está divina la hijueputa y pasa, como una muñeca envuelta en celofán, y me pregunta: Rochy, ¿cómo está tu hija?, y yo le digo: No pues, Consuelo divina, ella está perfecta... Imagínate que ya se va a graduar y está trabajando en una tesis espectacular sobre el parásito este del tiempo, sobre el bicho ese que te andas inyectando. Y Consuelo que me mira con rabia y va y me dice... ¡Es que me emputa! Me dice dizque las maestrías en universidad pública no cuentan; que el Camarón ya está comprobado y solo tienen acceso las personas que pueden pagarlo y yo le dije que si supiera lo que tú estabas haciendo, mi niña, si ella supiera lo que tú estás haciendo, no me estaría diciendo eso, sino más bien me estaría rogando por un poquito de tu trabajo. Yo entonces... yo le dije: eso lo dices tú que ni estudiaste, que te la pasaste cazando hombres ricos que te mantuvieran como una muñeca de celofán hueca y vacía. Y ahora que no están, que se te murieron todos, te quedaste podrida en plata, sí, pero bruta. Y esa hijueputa salió corriendo,

poseída por el diablo, mi niña, fue y se metió en la cocina puerca que ni sabe usar y sacó una olla de agua hirviendo que me tiró encima. ¡Me quemó la perra, la cabrona, la maldita! Y tú sabes que yo no siento nada, mi niña, no siento dolor, ni nada, gracias a ti y tu trabajo. Pero ahora estoy con el brazo grave, se me está cayendo, se desolló todo, hija, y no he sido capaz de verme la cara, pero ahora mismo me estoy pasando la mano por la frente y pedazos con pelos, mechones con folículos se me vienen con todo y se me pegan a las manos. Yo acabo de invertir una buena plata en esto, gracias a ti, mi niña, que me mandas la plata desde allá, y me mandas los avances de tu trabajo en tubitos rosados. Pero contéstame para que veas, mira, mira lo que me hizo la malnacida de la Consuelo. Cuando puedas devuélveme la llamada, por favor, que yo sé que van avanzando y estás encontrando la forma de mandarme más tubitos. Necesito que me ayudes, hija, porque no tengo más plata, no tengo plata para hacer un tratamiento tan caro como el que necesito; soy un monstruo, hija, y no puedo salir ni a hacer la compra...

No debo robar el camarón del tiempo del bolso de la profesora Sandra...

No debo robar el camarón del tiempo del bolso de mi mamá...

No debo robar el camarón del tiempo de la funda de los dientes de la abuela...

No debo robar el camarón del tiempo de la lonchera de Betty...

No debo robar el camarón del tiempo de la cartuchera de la Bebé Juana...

No debo robar el camarón del tiempo de la billetera de la tía Mona, que le da rabia...

No debo robar el camarón del tiempo de la guantera del carro de la vecina, no importa que lleve ahí varios días, dormida, con la cara despellejada...

No debo...

¿Y dónde están los hombres, mami?

Se los tragó el mar, uno a uno, para escupirnos algo mejor: la juventud.

Todo el mundo dice que el verdadero amor es lavar los platos y yo pienso que no: no es lavar los platos porque uno se pone los guantes y ya está, no es tan grave. Un tironcito en la piel y unas venas corridas; una herida abierta que se cose o se rellena; es fácil, facilísimo quitarse la comida venenosa, engorrosa, grotesca, asquerosa que bucea deforme y fragmentada en el agua residual; la comida, ahora mojada, tan sabrosa, seca, pero tan infame y húmeda: nada y nada kilómetros, los pedacitos de comida compiten entre ellos por quién llega antes al otro lado. La comida húmeda de la boca, el bolo alimenticio del que hablábamos tanto en el colegio, ese que es baba y trituración y costra cambiante; esa comida húmeda no es problema, tampoco la del plato sucio (que no está sucio, está masticando, en su redondez, su propio bulo). Esa comida es buena.

En nuestro aniversario, Mona y yo comimos en casa, ella cocinó y yo la ayudé. También lavé los platos: eso es fácil: lavar, limpiar.

Lo repito: difícil es lo último, el paso final de la limpieza: sacar la cosita del lavaplatos, la cosita infame: ese filtro diabólico, enfermo, maldito por el que se lo inventó: el cosito en el que la comida se acumula en el centro del lavaplatos, y se mantiene flotando en su putrefacción y líquido viscoso, que ya no es agua, es residuo. Eso es lo asqueroso: meter la mano en esa porquería; sacarla del

lavamanos y botarla en la caneca. Toca sin guantes, porque con los guantes una no puede hacer que salga, porque se aferra a menos que una haga el sacrificio final, sacarla con la mano desnuda, vulnerable. Eso es el verdadero amor y Mona hace un tiempo que no lo hace y creo que por eso pienso que dejó de amarme.

Hace un tiempo que Mona finge que no lo ve, al cosito. Lava los platos, limpia la mugre, quita los restos de comida, despoja al sifón de la asquerosidad blanca, y entonces, y entonces deja la cosita llena de comida. Y me repito que ya no me ama, porque eso significa que ya no ama mis manos, porque quiere que me salgan arrugadas, como uvas pasas. Es sencillo: Mona disfruta que me manche, me ensucie. Ya no nos turnamos, ya no me ama. Pero yo lo hago; yo sí lo hago, yo tomo el cosito, lo saco del hueco en el que está anquilosado, abro la caneca, le pego tres palmadas y entonces puedo ver cómo la mugre toca mis dedos, y entonces puedo ver cómo poco a poco la mano se me desgarras, se me vuelve arrugas, se me llena de surco, se me llena de porquería y me doy cuenta que envejecí. En menos de un segundo tengo la mano vieja y arrugada y enferma y llena de venas azules salteadas y llena de las zanahorias rayadas que no cayeron en la caneca y ahora mismo me están bajando por la muñeca y entonces, entonces sé que no me ama porque le gusta mi sufrimiento, y prefiere que mis

manos se arruinen, porque además no comparte, no me da de su camarón del tiempo. Y el mío se me ha gastado más rápido por andar sacando el cosito a toda hora, por andar mojándome toda, todos los días, tres veces al día. Antes el camarón del tiempo no era una pelea.

Antes compartíamos todo, incluso la vejez y la juventud.

Me pidieron hacer en clase un ensayo sobre el Camarón del Tiempo en clase de la profesora Sandra. Le pregunté su opinión a personas aleatorias de la calle sus opiniones y esto fue lo que recopilé:

El camarón del tiempo es un misterio.

El camarón del tiempo es Dios.

El camarón del tiempo no es Dios.

El camarón del tiempo nos hace Dios.

El camarón del tiempo es un invento de las familias más ricas del mundo para controlarnos.

El camarón del tiempo es una plaga marina y bíblica. Nos come por dentro.

El camarón del tiempo es ancestral y latinoamericano.

El camarón del tiempo es decolonial porque apareció en el Caribe.

El camarón del tiempo es feminista porque solo sirve en mujeres y los hombres que quedan, poquísimos, se están marchitando.

Es un bicho.

Es raro, como yo. (Esto lo dijo alguien muy perturbado, con los ojos rojos y la nariz chueca).

El camarón del tiempo es el cuerpo de Cristo, que no es más que otro nombre para el polvo cósmico que suelta la luna cada cierto tiempo.

El camarón del tiempo nos está matando.

El camarón del tiempo nos dio propósito en un momento en que la humanidad lo estaba perdiendo.

El camarón del tiempo sabe a mierda.

El camarón del tiempo es una droga fuerte y legal.

El camarón del tiempo es antinatural.

El camarón del tiempo es pecado.

El camarón del tiempo es mejor que un orgasmo (eso lo dijo un hombre que encontré recostado en un bordillo, miraba al cielo y señalaba la luna. Es el primer hombre que veo en meses).

El camarón del tiempo vino a completar las costuras del poshumanismo.

El camarón del tiempo es de la naturaleza y, como siempre, estamos robándolo de su hábitat.

El camarón del tiempo es una tendencia que va a morir, como todas.

El camarón del tiempo es lo único que mantiene mi piel adherida al hueso. En especial cuando me arranco los pellejos del dedo.

El camarón del tiempo es el enemigo natural del cosito del lavaplatos (las dos opiniones anteriores vienen de un par de siamesas, quizá son hermanas o pareja; quizá es la misma partida en dos y regenerada, cada una de las mitades, por el camarón del tiempo).

La Asociación de Costas Independientes (ACI) ha decidido liberar los archivos en torno a las experiencias con el camarón del tiempo; los experimentos han sido, en su gran mayoría, efectivos, lo que garantiza la tranquilidad para las usuarias de todo el mundo. Los gobiernos de ciertos países puristas, en los que la gran mayoría de dirigentes continúan siendo hombres (viejos, desgastados, sin posibilidad de vida ni juventud), piden regulaciones; pero las Costas, las verdaderas nuevas potencias mundiales se niegan: tienen el control, sin sus mares no hay camarones, sin camarones no hay economía y todas las

personas que dependen del bicho, tendrán un destino peor que morir: vivir con la realidad.

Tú antes eras de las que se lavaba las manos todo el tiempo; que si tocabas un pedazo de pimentón, te lavabas las manos; que si movías una silla, te lavabas las manos; que si el gato, el perro, la pelusa, te lavabas las manos. Si limpiabas los platos, te lavabas las manos porque el agua de los platos no era la misma que la del baño, decías. Cualquier cosa y te lavabas las manos y todo te daba asco, y te limpiabas y limpiabas; pero eso se detuvo se detuvo una vez apareció el parásito el tiempo o el camarón del tiempo o 'El Bicho' como le dicen las más jóvenes. Las que ya lo consumen apenas tienen conciencia de las arrugas.

Como lo decía tu esposo, ese sí hablaba mal de El Bicho, le tenía una rabia. Nos miraba con odio cuando nos veía más jóvenes y bellas, y postizas. A pesar de que tuviste tu problema al inicio porque todo te daba asco y todo te da asco todavía, pero es mejor tener las manos jóvenes que tenerlas limpias, ¿no? Hemos visto magia juntas, tú y yo: cómo la piel se estira, como la piel se contrae, pero no se arruga. Cómo se marcan solo los tendones fuertes y vibrantes; cómo se marcan los dedos largos, las uñas limpias, bueno no, no tan limpias, porque la cutícula... En

la cutícula tienes un pimentón, tienes un pedazo de chicle, tienes tierra, pero te la limpias con delicadeza, con la otra cutícula de la otra mano, porque lavarlas no es una opción. El agua te las va a arrugar, y te va a dejar colgando del hueso, porque ya el tiempo de tu mano y mi mano pasó. Porque estamos robando tiempo del océano que nos escupió al camarón para nuestro uso.

Pero no nos importa. Queremos juventud eterna, no queremos limpieza y pulcritud, queremos belleza y el parásito se encarga de meterse en nuestro cuerpo para navegar por las vísceras, por tu estómago, por la cara interna de tu ombligo y sumergirse en tu intestino hasta que alcanza el punto donde se queda y se contrae y se pega y se atasca y se aferra, no, no se aferra; el parásito nunca se aferra porque aferrarse implicaría cariño y deseo y amor y el parásito solo busca calma, oscuridad. Porque el amor es una emoción muy simple. Tú lo sentías por tu marido, pero preferiste dejarlo morir, que se hiciera polvo, mientras tenías piel de quinceañera.

El parásito se incrusta, se incrusta como un... como un parásito, como una bestia, como algo ajeno, autóctono y se degrada, se pudre y en su putrefacción y en su muerte, el bicho, el camarón, empieza a botar líquido venenoso, empieza a cantar sus últimas palabras en lenguaje de bicho, sus últimas salidas, último aliento, que se mezcla en tu

torrente sanguíneo te sube de nuevo... Y la ciencia lo explica mejor de lo que tú jamás lo harás, de lo que yo jamás lo haré, pero entonces las arrugas se van de las manos, del cuello, de las carnes, de las caderas, la boca, los ojos, las tetas, las nalgas, las rodillas; ¡de las manos! Toda tú se rejuvenece: la cara, el cuerpo, todo. Vuelves a ser joven otra vez hasta que llega el agua, la maldita agua. Necesaria para vivir, antinatural contra lo antinatural. Porque si algo mata el efecto del parásito es el agua, el H₂O, dos de hidrógeno, una de oxígeno, que limpian todo el espejismo del parásito del tiempo.

Una gotita de agua, mi reina, una chiquitica, y podremos ver la realidad: no estás más que podrida, no eres más que un mugre gigante y eterno. Serás joven, seremos jóvenes, pero no olvides, con unas tres gotitas de agua encima te vas a degradar, degenerar, deshacer, como la muerta viviente, deforme y vieja que eres.

Jubilado

Fabián Ricardo Pinzón

Solo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme. Deben ser por lo menos cinco años que llevo este cómputo diario de mi saldo de trabajo.

En verdad, ¿preciso tanto el ocio? Yo me digo que no, que no es el ocio lo que preciso, sino el derecho a trabajar en lo que quiero.

“Desde mañana y hasta el día de mi muerte, el tiempo estará a mis órdenes. Después de tanta espera, esto es el ocio. ¿Qué haré con él?”, decía Benedetti.

A veces, Pedro sueña con penes de múltiples tamaños que lo persiguen, se le abalanzan, lo botan al piso y lo aplastan en una montonera. En otras ocasiones van más allá, lo penetran por el ano o la boca, algunos chiquitos se le meten por la nariz o las orejas y se mueven y estimulan, pero no se vienen; otras veces le eyaculan sin problema,

donde caiga: zapatos, nariz u ojos. Pero estos no son sueños recurrentes.

Son más comunes los sueños en donde Pedro los cocina. Prueba ingredientes, sabores y se deleita. Está en una cocina del tamaño de un dúplex promedio. Hay unas tres neveras y una larga cantidad de estantes llenos de frutas, verduras, hortalizas, carnes, especias, y todo tipo de cosas que existan en el mundo, y que usa para cocinar. Unas en más cantidades que otras, pero eso no importa. Está ahí, en medio de todo, sacando su última gran obra de arte, su último pene de sabores. Pero lo interrumpen.

Abre los ojos.

—¿Estás bien?, te moviste mucho anoche.

—Sí, lo de siempre. Otro día más en casa y no en esa cocina. Pero no lo entenderías.

Mirlo negó un poco con la cabeza por el último comentario, supuso que Pedro había tenido aquel sueño y no hizo más que abrazarlo.

—¿Qué te parece si hoy hacemos juntos algo de cenar?, compra las cosas y cuando llegue cocinamos entre los dos.

—Bueno —dijo Pedro, y se tapó con las cobijas para seguir durmiendo.

Mirlo lo acarició y se levantó para seguir con su día.

Pedro siguió soñando con aquel día. Después de que lo interrumpieran en la cocina, recibió la noticia. Entonces decidió ir a su restaurante favorito. Pidió un corte de picaña, acompañada de una ensalada agridulce de yogurt griego, piña, manzana y arándanos deshidratados. Y de postre un cheesecake de frutos rojos. Todo lo pasó con agua, para no perder los sabores.

Al terminar, se quedó mirando a los meseros.

“Qué efímero es su trabajo”, pensó. Quizás algunos sean despedidos hoy, mañana o la semana que viene. Otros tal vez se conformen muchos años con esto. “Pero nadie es mesero toda su vida. Nadie tiene alma de mesero. En cambio, mi ser de chef sigue intacto, yo sigo intacto”.

Cuando despertó tenía los puños apretados y le dio un golpe a la almohada. Estiró la mano para revisar su celular. Revisó la hora y sus mensajes, ya eran las cinco de la tarde y tenía dos llamadas perdidas y algunos mensajes de Mirlo. El estómago le sonó y Pedro se enojó aún más. Le contestó a Mirlo, se levantó rápido y salió a la calle.

No sabía qué preparar. Caminando vio un aviso de penes de sabores en promoción. Un torbellino de sueños y recuerdos vino a su mente. Apretó su mandíbula. “Sería

irónico”, pensó. Entró al Oxxo y eligió una de arroz con pollo con semen sabor a plátano maduro y otro de arroz chino con semen de salsa agridulce. Y de postre, eligió uno de fresas con crema y otro de helado de chicle con mora.

Cuando Pedro llegó a la casa, Mirlo ya lo esperaba. Le explicó por qué hasta ahora había salido a comprar las cosas. Y cuando Mirlo vio los penes de sabores se sorprendió.

—¿Estás seguro?, incluso son de la empresa donde...
Pues, ya sabes.

Pedro echó el pene de helado a la nevera, alistó un tazón con un poco de whisky y sumergió el de arroz con pollo. Y en realidad, no era tan necesario hacer todo eso, los penes de sabores ya venían listos para su consumo. Sin embargo, él, como chef, sabía que ese proceso extra incrementaba los sabores.

—Sí, estoy seguro —dijo Pedro y sacó el pene de fresas —. Ven, comamos esto antes de arreglar todo, que tengo mucha hambre.

—Si tú lo dices.

Pedro destapó el empaque en el que venía el producto y sintió como los recuerdos le tocaban los ojos. Bostezó para

ocultar los ojos cristalinos, pero Mirlo ya se había dado cuenta. Le quitó el paquete a Pedro y lo abrió.

—¿Quieres que me lo conecte? —preguntó, mientras sostenía el pene en su mano.

—Sí, a la mano. Para que no demoremos mucho, quiero hacerles unas cositas a los otros.

—Bueno— Mirlo hizo caso y puso la base del pene en la palma de la mano. Dio un paso con él, quedó al lado de Pedro y le susurró al oído—: Todo tuyo.

Pedro acercó su boca al pene que sostenía Mirlo. Cerró los ojos y sacó la lengua para lamerlo, como si fuera un helado. También rodeaba con la lengua la punta y Mirlo emitió pequeños gemidos. Después, Mirlo se acercó e hizo lo mismo. Luego, con sus labios empezaron a subir y bajar al tiempo, estimulando el pene.

—No tiembles —dijo burlonamente Pedro, y puso su mano entre los cabellos de Mirlo y lo alejó del pene.

Mirlo se dejó llevar, no respondió, solo siguió temblando. Un cosquilleo de placer vino de su mano derecha y se extendió por su cuerpo. Usó la mano izquierda para sostener el pene. Pedro empezó a hacerle un oral a Mirlo.

Se metió todo el pene en la boca, Mirlo lo sostuvo con más fuerza. Tuvo arcadas, pero siguió. Mirlo se fue moviendo lentamente para poner su mano sobre el mesón y liberar la otra con la que se sostenía a sí mismo. Pedro, con los ojos cerrados, dio pasitos dejándose llevar por el movimiento.

Pedro emitió un gemidito de felicidad. Mirlo empezó a mover más rápido la cabeza de Pedro contra la palma de su mano. Pedro volvió a hacer arcadas. Sus dientes rozaban con el pene y Mirlo sintió dolor y eso le gustaba. Pedro fue acomodando su boca con cada golpe, sacando la lengua y acomodando la mandíbula, para que Mirlo sintiera cómo le gustaba.

Pasados unos segundos Mirlo levantó la cabeza de Pedro y la volteó hacia él. Lo vio a los ojos. En ese momento Pedro sintió mucha felicidad, una que no conocía hace varias semanas por estar sumido en su tristeza.

—Pefi, respira —dijo tiernamente al cabo de unos segundos.

Pedro tomó una bocanada de aire y asintió mientras sonreía. Va a decir “toda”, pensó.

—Toda —dijo suspirando.

Mirlo mandó la cabeza de Pedro contra su mano nuevamente, lo hizo con tal fuerza que Pedro alcanzó a golpearse la nariz contra el mesón, pero tenía todo el pene en su boca y sentía cómo salía la crema, así que apenas sintió el dolor. Mirlo restregó contra su mano a Pedro un poco más mientras se venía.

Un poco de crema alcanzó a salir por la nariz a Pedro. Y tener tan cerca esa mezcla con sabor a fresa y la crema de lo eyaculado, le recordó a su trabajo, cuando cocinando justamente un pene y crema que le untaban en la nariz para molestarlo. Pedro apretó sus manos y cerró más fuerte sus ojos. Ese recuerdo lo enojó.

Mirlo gritó. Pedro le había mordido el pene en la mano.

—¿Qué te pasa? —dijo Mirlo, mientras se quitaba rápidamente el pene de la mano.

—Me acordé de algo que no debía —quiso acercarse a Mirlo, pero no fue capaz—. Perdóname, no era mi intención.

Recordó cada una de las palabras que escuchó aquella mañana cuando le entregaron la carta. “Que ya era momento de que le permitieran dar un paso al costado, que

como empleador agradecían mucho el trabajo y que habían crecido en Colombia gracias a su incansable labor. Y que esa sería la mejor herencia que podría dejarle a la empresa”.

—Yo no tengo la culpa de... —Mirlo estuvo a punto de responder feo a Pedro, pero se contuvo—. Creo que es mejor que sigamos con la comida como lo teníamos pensado. ¿Con qué te ayudo?

—Prepara la sala. Ya llevo el resto yo.

Mirlo dio media vuelta y le hizo caso. En otra ocasión cerraría las cortinas, pondría telas antifluidos en los sofás y el suelo para evitar el reguero. Pero simplemente organizó el comedor: puso los individuales y los cubiertos en la mesa.

En la cocina, Pedro recogió unos pedazos de fresa que se cayeron del pene. También limpió el mesón que tenía un poco de crema. Sacó los penes de arroz de whisky y el de sabor chino, los acomodó en platos y los llevó a la mesa.

—¿Quieres hablar de lo que acaba de pasar? —preguntó Mirlo mientras cenaban.

Pedro levantó la cabeza y se quedó mirando al frente, mientras sostenía los cubiertos en sus manos.

—Mira, si no quieres hablar, yo lo entiendo. Cuando estés listo puedes hacerlo, voy a escucharte. Pero ya ha

pasado más de un año.

Pedro dejó caer el cuchillo.

—¿Quieres decir algo? —preguntó Mirlo mirándolo fijamente.

Pedro cogió el pedazo de pene que le quedaba en el plato y se lo llevó a la boca. Mordía con violencia, a tal punto que los dientes le chirriaban con cada mordida. Mirlo siguió comiendo, tratando de ignorar el enojo de Pedro.

—Pedro —dijo con voz firme al ver que se levantaba de la mesa sin esperar a que él acabara de comer—. ¿No me vas a esperar? —Mirlo se preguntó si era justo aguantar tal enojo, no era la primera vez y ya estaba cansado de que Pedro actuara así—. Comprendo que no quieras hablar. En serio lo entiendo, pero, por favor, yo no tengo la culpa y no es justo que te desquites conmigo.

Pedro lo miró fríamente, casi con desprecio

—Es lo mismo de siempre, no lo entenderías.

Y salió de la sala. Fue a la cocina a dejar su plato y volvió a la entrada. En el camino hizo ejercicios de respiración para calmarse y volver a Mirlo sin decir alguna grosería.

—¿Te espero en la habitación?

Mirlo asintió y apretó con fuerza los pies contra el suelo. Cuando subió, las luces estaban apagadas.

—Ven, acurrúcate aquí conmigo para dormir —dijo Pedro, un rato más tarde.

Mirlo lo dudó un instante, no se movió de los pies de la cama.

—Es la tercera vez que haces una escena parecida este mes, ¿vas a seguir actuando como si nada?

—No actúo como si nada. Tampoco sé cómo actuar, ese trabajo era mi vida.

—Tienes más vida a tu alrededor.

—No lo entiendes, ¿qué hace una persona que toda su vida se ha dedicado a lo mismo y se da cuenta de que ya no puede seguir haciéndolo? Tú no me entiendes. Para ti es fácil, porque tienes trabajo todos los días.

Cada “no me entiendes” calaba hondo en la conciencia de Mirlo. Sin embargo, se acercó y se sentó en el borde de la cama para tomarlo de las manos, aunque ya había tomado una decisión.

—Debo irme. No aguanto más.

—Pero, Mirlo, mi michisaurio.

—No lo entenderías, así como me dijiste. Vendré por las cosas el fin de semana

—Pero... Michisaurio.

Pedro quitó su mano de la de Mirlo.

Mirlo se puso de pie, pensaba en irse, pero al mismo tiempo no podía dejar solo a Pedro, no se sentía capaz de hacerlo. “¿Y si es solo temporal, una pequeña lección?”, pensó.

—Pues vete entonces, pensé que era importante para ti.

—Lo eres. Pero ¿qué tan importante eres para ti mismo?

Pedro volteó los ojos y se quedó inmóvil entre las cobijas, sin energías para discutir, moverse, o siquiera hablar. Y al escuchar que Mirlo cerraba la puerta del apartamento sintió la soledad moverse entre tanta oscuridad. Por cerca de un minuto ni siquiera se escuchó un sonido en la casa, ni en la calle. Y así siguió, inmóvil.

Mirlo recordó que había dejado en el congelador un pene sabor helado de chicle, así que iría a comprar otro, para que juntos lo compartieran y se reconciliaran. “Pero primero iré a comer algo más”, pensó, “esa discusión me dio hambre y la cena fue muy caótica, no pude disfrutar de la comida”.

Pedro intentó dormir, pero con cada respiración, el insomnio entraba por su nariz. Revisó su celular compulsivamente, pensando que habían pasado horas, pero solo eran unos cuantos minutos. En su cabeza daban vueltas cada una de las palabras que su jefe le había dicho. Dudaba si en serio estaban agradecidos con él, si dejaba alguna herencia en Eunuch Service o si su labor fue tan incansable. Sentía que podía dar mucho más, que su labor como chef estaba en su mejor momento, pero por ley ya cumplía con la edad de jubilación y por ley ya no podría seguir ejerciendo como chef.

“Mal paga el diablo a quién bien le sirve”.

De pronto, recordó que en el congelador estaba el pene de helado de chicle. Se levantó con la poca energía que tenía, jaló la sábana y salió con ella. Paró en las escaleras y la amarró a la baranda. Luego fue a la cocina a sacar el pene sabor chicle. En el camino se desvistió y se colocó el pene en su entrepierna. Una sensación de frío le recorrió el cuerpo. Subió las escaleras y se enrolló el cuello con la tela. Sentado en la baranda, comenzó a masturbarse.

Las piernas le temblaron, se iba a venir. Y del movimiento se resbaló, colgado y sin llegar. En ese momento se dio cuenta que no quería eso, pero no podía

soltarse. Por su mente pasaron los recuerdos de su vida entera y supo que su vida como chef de penes de sabores, no era lo único importante que tenía.

Después de unos segundos tratando de liberarse, se dejó descansar.

Anomalía

Harvey Guzmán

I (El testigo)

Sucedería al principio de las rotaciones, después del resplandor. El polvo se empezaba a acumular en las nubes espesas y brillantes, y dentro de estas se concentraban algunos puntos calientes donde la gravedad era más alta. El plasma de los remanentes radioactivos se enfriaba con rapidez; conforme bajaba la temperatura se materializaron los agujeros que hacían posible el tránsito entre los flujos viscosos de los pilares de la creación.

Los residuos, unos cristales oscuros que giran sobre su eje, no representaban peligro alguno. Sin embargo, algunas partículas, las más pequeñas, podrían dañar los instrumentos más delicados. Recuerdo que fue poco después de la primera exhalación, aunque tal vez haya sido la segunda... Mis placas vibran sacudiéndose el polvo y en ese proceso a veces me confundo. Con cada exhalación se reinicia la línea del contínuum y los antiguos perdemos la cuenta de vez en cuando.

El constante goteo del tiempo y la sublimación de los elementos en el vacío generaba las ondas que dispersaban el polvo estelar. Lentamente las anomalías gravitacionales chocaban y se fusionaban sacudiendo las cuerdas del universo. Había un nuevo espacio, surgía de una grieta que se expandía, rasgando la tela del viejo cuerpo del que surgía, brillante, en constante enfriamiento.

Para esa época tu combustión era poco más que un deseo. Tu creador apenas iniciaba su fase de maduración, pero una singularidad ya era evidente en su comportamiento; las partículas de luz se excitaban al interior de su caparazón cuando el banco de memoria adquiría un nuevo registro, un resplandor color sodio rompía la oscuridad delatando la sed de su curiosidad.

Cuentas pocos ciclos alimentando el sistema, tal vez por eso no asimilas del todo la magnitud del espacio-tiempo y la expansión de este nuevo universo, tus partículas vibran en diferentes planos, saltan entre los universos y en esos viajes alimentan masas de gas, calientan bloques de vida, transforman crioelementos básicos en compuestos volátiles complejos que brillan en ultravioleta; tu creador te ha enseñado que esas partículas serán fundamentales en la cadena de eventos que inician el proceso de la exhalación, ese momento en el que todo vuelve a empezar.

Muchos te dirán que estos impulsos eléctricos han sido alterados por la corrosión, que son la febril alucinación del óxido en mis placas y el resultado de las elucubraciones de los gemelos Rumor y Secreto, pero juro ante la Gran Bestia que todo lo que digo pertenece a la verdad. Aquellos que no me crean, que Ella les tenga piedad y los cobije bajo su manto porque rumiarán engaño el resto de su existencia.

Así como me ha sido transmitida la información, así te la estoy proyectando. Sé que es muy difícil comprobarlo, pero confía en mí, esto que te transmito es la verdad más pura de la que jamás te hayas alimentado; además, ¿qué ganaría mintiendo? El polvo de la creación se ha pegado a mi corteza, mi certeza radica solamente en mi calidad de testigo. La Gran Anomalía ha pertenecido a las sombras, yo he sido hábil para camuflarme en ellas, de no haber sido así el Directorio habría encontrado la manera de desactivar mis funciones.

Aunque no participé de los hechos que desencadenaron el evento, he sabido, por diferentes canales, que quienes tuvieron que ver con él fueron desconectados. La Gran Bestia me ha sabido proteger en los tugurios del olvido; de todos esos que lo vieron o por casualidad funesta lo supieron solo yo sobreviví.

Es extraño, no suelo modular en altas frecuencias y, sin embargo, la información fluye con mucha facilidad hacia mí, debe ser algo genético; tu creador comparte conmigo esa suerte de magnetismo y seguramente también late en tus entrañas.

Ese estallido constante de preguntas que hace hervir mis fluidos es lo que me obliga a conservar mis placas de memoria calientes. Ya sabes lo que dicen: la información es poder, siempre y cuando sepas qué hacer con ella. Y aunque el gasto de energía sea considerable, la temperatura moderadamente alta de mis placas es lo que me ha mantenido funcional y sin daños en los órganos más sensibles.

La oscuridad de La Gran Bestia me protege, pero en el Directorio nunca dejarán de buscarme, y si en algún retorcido ciclo me encuentra, ya no seré el último en saber. Prepara tus placas para recibir la transmisión. Salvo un par de interferencias de microondas, la información es la misma que me fue transferida, espero te aclare los motivos de nuestra precaria situación y te sirva como lección para que más adelante, quizás, tengas la fuerza para sacarnos del pozo del Segundo Hacedor.

II (La roca)

Estaba cansado de esperar. Me había gastado todas las rotaciones acumuladas varado en esta roca. Nada se estaba moviendo. En ese momento no sabía cuál era el motivo de los retrasos. Nadie daba respuestas concretas o medianamente creíbles. El tono evasivo que había tomado la Unión en sus comunicados ya empezaba a sacar chispas en las placas de varios de nosotros. La información, en el mejor de los casos, era fragmentada y muchos de los informes llegaban codificados. No valía la pena gastar energía para procesarlos, eran inservibles.

La estación parecía una nube de *Ills* hirviendo. Destellos de vapores azules se elevaban con las cenizas amarillas incandescentes; partículas rojizas flotaban después de ser removidas de las paredes por chorros de radón a presión con zumbidos graves que hacían vibrar placas y caparazones en rítmicos pulsos; los minitrans se movían de un lado a otro en piloto automático, en cada rincón había una algarabía y, sin embargo, las operaciones de tráfico estaban suspendidas, nada podía entrar y nada había podido salir.

La comezón que me había causado la punción de un morgol y el aleteo de cientos de miles de pequeñas membranas translucidas me estaba empezando a irritar las antenas. Lentamente esos demonios, que La Bestia los castigue, estaban oxidando mis articulaciones. Debía hacer

algo, cualquier cosa. Vagabundear por los recovecos del complejo industrial no me pareció mala idea. Al menos encontraría algo para beber y de paso, podría sacarme a estos morgol de encima.

Sin darme cuenta, llegué al Kreb local. El lugar era poco más que un agujero grande cavado en un bloque enorme de piedra porosa. Las rocas en el techo brillaban en un domo de materiales fundidos sin radiación aparente; millones de pequeñas esferas negras tapizaban el suelo, en algunos sitios se habían amontonado hasta tal punto que encima se habían dispuesto sendas placas de granito o bauxita convirtiéndolos en enormes mesas. En algunos sitios los montículos de esferas casi tocaban el techo, la fricción constante de los cuerpos al pasar había pulido su superficie en la base, las puntas estaban afiladas como cristales reflejando la luz del techo en espectros ultravioleta e infrarrojo.

El espacio era bastante amplio, similar a la bodega de mi transporte, no parecía un sitio de intercambio de información y lubricación asistida, pero debo admitir que lograba generar ese sutil atractivo que solo podría describir como magnético.

La temperatura cambia tan pronto se cruza el umbral. El frío y la oscuridad obligan a que los lentes de identidad

modifiquen sus parámetros. Vaporosas presencias y un agobiante sentimiento de irritación inundaron los sensores de mis lentes; aun así, logré reconocer varios cuerpos, y aunque la mayoría de ellos son iguales, los lentes de identidad pueden diferenciar a los individuos de acuerdo con su emisión de partículas o las hormonas que secretan algunos de sus órganos.

El reconocer a varios de estos camaradas en este sitio me afirmó lo que venía sospechando desde la entrada: este no era un antro corriente, este era un sitio exclusivo para los miembros de la Unión de Transportes Intergalácticos.

En la parte de atrás, cerca de una de las esquinas, percibí una mesa vacía. Las extremas vibraciones del lugar me trastornaron aún más y tuve que reajustar los comandos de los sensores auditivos para filtrar toda esa algarabía. Mientras la radiación se disipaba me detuve en el corredor. A veces, la emisión de partículas alfa facilita los ajustes que diferentes ambientes requieren, para eso necesito detenerme, aferrar las tenazas a la roca y esperar. Mientras se agotaba el berilio de la carcasa en los sensores hormonales y de audio, eché un corto vistazo a las ranuras instaladas en los puertos de alimentación. El análisis indicó que el uso había sobrepasado su límite de operatividad, debían ser reemplazados, eran modelos desactualizados y se

notaba el deterioro. A pesar de eso, todos estaban ocupados con una maraña de conexiones palpitantes y viscosas.

La transacción por consumo mínimo ya había sido cargada al carné de la Unión. Conforme se avanzaba por los corredores, los identificadores neuronales y los convertidores lumínicos verificaban todas las conexiones e identidades, esta era la forma en que el Directorio llevaba estadísticas pormenorizadas de todo, el Directorio todo lo ve y todo lo controla.

Por política institucional cada uno de nosotros debía permitir el acceso a las bases de datos personales para hacer un intercambio de información protocolario, un asunto que en principio era pura cortesía entre compañeros, se fue transformando en una rutina corporativa impulsada desde la Unión. Esta era la forma más sencilla de conocer los siempre cambiantes detalles en los cuadrantes aledaños y las rutas de transporte.

La deriva espacial cambia con frecuencia la posición de los puntos de despacho. La información que enviaba La Central estaba desfasada varios ciclos, nunca fue de fiar. Los datos obtenidos en sitios como éste resultaban vitales para cumplir con los tiempos de entrega. Los tiempos de entrega eran sagrados; ¡por la Gran Bestia!, nadie se atrevía a jugar con eso. Todo se ha ido al maldito pozo del Segundo

Creador. Ustedes los nuevos no entenderían la rigidez de la disciplina.

Tan pronto llegué a la mesa noté con cierta extrañeza que no estaba vacía. Sobre ella se inclinaba una figura oscura, fría y dura como la carbonita. Por eso no la percibí al principio, tuve que recalibrar los lentes de identidad para definir qué entidad representaba esa presencia que se recostaba sobre los desgastados bordes de bauxita.

¡Una Boltz! Una capitana de fragata comercial de segundo nivel. Las insignias a medio esconder bajo la membrana antifluido que cubría parte de su cuerpo la habían delatado. En esa época no era frecuente que los Boltz hicieran tránsito en este lado de la galaxia. Tampoco era frecuente, cuando se les veía por estos cuadrantes, que estuvieran solos o sobrios, por lo general viajaban en grupos grandes y ruidosos.

Sospeché. Hice un escaneo rápido de los alrededores para ubicar a sus compañeros, por si acaso tenía que emitir la señal de alerta. Aún más infrecuente en todo este asunto, era ver una Boltz, por lo general los rangos de mando en la cultura Boltz están limitados al sexo masculino, una división peculiar en una sociedad jerarquizada y compuesta por pocos individuos, teniendo en cuenta que pueden cambiar de sexo y de tamaño según las necesidades de la

especie. Esta Boltz estaba sola, callada y sobria, demasiadas sorpresas reunidas en un rincón.

Algo no encajaba, los tentáculos de mi barba empezaban a hacerme cosquillas; mi escaneo reveló que sus compañeros estaban desperdigados por el lugar, callados y quietos. Esa predisposición genética de la que te hablé saltó como una exhalación de plasma estelar extendiéndose en el vacío, buscando respuestas.

Sus filamentos de iridio destellaban como dos pequeñas chispas en el arco de un campo magnético. Sus líquidos interdigitales burbujeaban bajo el efecto de una súbita descompresión. Era obvio que tenía algo entre placa y placa.

Honores, le dije pidiendo su permiso para ocupar el espacio frente a ella.

Honores a ti, me contestó, y enseguida preguntó si tenía espacio en la tarjeta madre para una descarga de información. Le contesté que sí, a pesar de que el procesador aún estaba ocupado calculando rutas y trayectorias, pero la memoria de acceso aleatorio aún tenía algo de espacio; no debería sobrecargar el sistema con tantas operaciones simultaneas, pero la curiosidad pudo más.

Transfiero, dijo y juntó sus placas con las mías. Un clic y un zac indicaban que las placas estaban en posición. Pedí una jarra de Irmus que se cargó de inmediato al carné de la Unión, conecté nuestros cerebros y empecé a escuchar.

III (la causa)

—¿Recuerda usted esa frase de cajón que el Directorio suele usar cuando algo no anda? Una frase bastante gastada, por cierto, que dice: no piense que son problemas, piense que son oportunidades de trabajo. Pues déjeme decirle que nos metimos en una oportunidad de trabajo monumental —dijo la Boltz tomando la jarra y sirviéndose un trago largo en su vaso.

Lo mezcló con un poco de su fluido amniótico y pasó una parte por sus antenas. Se quedó procesando información por un momento y, como si estuviera forzando sus dendritas, continuó su relato haciéndome otra pregunta: —¿Usted también es trasportador, cierto? —mi respuesta era obvia, en este lugar todos somos parte de la Unión, pero no me dejó contestar.

—Hace un par de ciclos, estábamos en el sector cuatro, cerca de Gargantúa. ¿Sabe por dónde es? Le trasmito las coordenadas si quiere, al fin y al cabo, ya no importa —dijo sorbiendo un poco del Irmus en su vaso—. Solo estábamos

de paso tratando de cortar distancia. El tránsito se ha vuelto bastante pesado últimamente, usted sabe a qué me refiero. En el sector cuatro hay un cuadrante sin mucha relevancia que, aunque está catalogado y mapeado en las rutas, nunca se hace tránsito por ahí. Son solo una serie de estrellas y cuerpos cósmicos remanentes que no presentan ningún atractivo, ni para el Directorio ni para la Unión. De vez en cuando alguien cruza por esos lugares con la intención de cortar camino y evitar la congestión de la autopista intergaláctica, pero solo cuando se tiene mucho, pero mucho afán. Tanto usted como yo sabemos lo importante que es usar adecuadamente la energía, a veces se gasta más haciendo estos atajos que quedándose en la ruta, pero la desesperación gana a la paciencia y se cometen errores.

Se acomodó la membrana para arreglar sus insignias y continuó:

—Estábamos pasando tranquilos, ocupándonos de nuestros asuntos cuando, de la nada, saltó la alarma de colisión. Entramos en pánico porque no habíamos tomado nota de las lecturas del posicionador universal, a fin de cuentas, no había nada en el cuadrante, en teoría.

»Resulta que nos hemos topado con los remanentes de un planetoide, bastante grande, que había sido quebrado por la gravedad de uno de los gigantes gaseosos del sistema.

Los pedazos de esa destrucción se iban a hacer polvo contra nuestro escudo, pero definitivamente dañarían los propulsores y la tobera principal, que no tenían escudos; en la última actualización no se nos pidió esa cobertura, entonces no la hicimos ¡Que la Gran Bestia nos lleve y mastique nuestras corazas! Eran solo un par de coins de más y nada de esto hubiera pasado. Pero bueno, qué se le va a hacer. Con los propulsores a un cuarto de marcha y la tobera drenando líquidos, tuvimos que hacer una parada en una de las rocas del sistema. Calculamos que con el combustible que no habíamos derramado aun, podríamos llegar a una de esas rocas y tratar de arreglar, como pudiéramos, la tobera. Los motores auxiliares bastarían hasta llegar al próximo centro de abastecimiento. La principal preocupación era la carga que, entre otras cosas, llevábamos perecederos.

»Y ese fue el detalle que definitivamente pasamos por alto ¿Sabe? Nosotros solo recogemos las cosas y las entregamos en el otro lado, ese es el trabajo. Nada misterioso. No nos metemos con los contenidos. Los fardos que nos entregan llegan intactos al que los recibe. Cumplimos con las entregas y nos pagan por eso, simple.

»Los cálculos gravitacionales nos sugirieron una roca cercana a la estrella madre de ese cuadrante. Una enana amarilla relativamente joven, inofensiva y con actividad

regular. La parada se había vuelto cuestión de vida o muerte a estas alturas, ya que no solo la tobera drenaba líquidos, sino que el sistema de refrigeración mostraba error en todas las pantallas. Gran parte de la carga estaba comprometida. Si sobrevivíamos era seguro que perderíamos muchos coins a causa de este descongelamiento.

»La roca sobre la que pudimos posarnos estaba habitada. Varias formas de vida proliferaban en ese lugar. Ninguna de ellas había alcanzado niveles tecnológicos suficientes como para preocuparnos. Las más avanzadas conformaban grupos de individuos reunidos en cúmulos dispersos a lo largo de grandes extensiones llenas de agua y depósitos de cuarzo y calcita. Los análisis arrojaron que el subsuelo era rico en hierro, con algunos sitios donde se había depositado el suficiente material fusionable como para alimentar parte de nuestros reactores y arreglar los motores. Por un momento creímos estar de la mano de la Madre de la Bestia, que nos trataría bien a pesar de nuestros descuidos, como lo hacen las madres. Pero no fue así.

»La llegada fue algo aparatosa, un par de escotillas se abrieron dejando entrar algo de los gases de la atmosfera. Pero nuestro final no estaba escrito en el libro de la Bestia, al menos no sobre esa roca. Al cabo de un par de rotaciones, algunas de esas formas de vida llegaron a nuestro encuentro, tímidas pero curiosas, una cualidad

bastante apreciada y que la mayoría de nosotros hemos perdido. Nos recibieron bastante mejor de lo que pensábamos. No tenían traductores universales y nuestra analista de exolenguajes había sido neutralizada en medio de los desperfectos. Ella misma había iniciado su protocolo de reiniciación y todavía estaba un poco mareada. A pesar de su estado fue de mucha utilidad para comunicarnos con los nativos.

»Accedieron a ayudarnos, aunque era poco lo que ellos podían hacer: pequeños, sin aislante térmico y susceptibles a la emisión de taquiones que los hacía enfermar. Sus cuerpos frágiles se deterioraban con menos de un ciclo de duración y sus fluidos se escapaban con facilidad si su membrana se rompía o se pinchaba. Pero verlos tan comprometidos en nuestro auxilio me provocó nostalgia de los tiempos del Imperio antes de la exhalación, no sé si se acuerde, pero antes del Directorio estaba el Imperio, una era en la que nosotros mismos éramos colaboradores y llenos de curiosidad por el universo, descubriendo y aprendiendo. Pero eso ha quedado atrás; que la Gran Bestia tome a estos seres y les indique el mejor camino. Nosotros no imaginamos que todo eso que estábamos haciendo estaba prohibido, marcado con resaltador en dorado en los códigos del Directorio y en los instructivos de la Unión.

»Logramos arreglar el sistema de refrigeración, parchamos lo mejor que pudimos las dos toberas averiadas y con alguna dificultad logramos destilar el material fusible para los motores. Los nativos se deterioraban con mucha facilidad, la extensión de sus funciones vitales era muy limitada, a parte de la fragilidad de sus cuerpos, muchos dejaban de funcionar sin haber cumplido un cuarto de ciclo, pero tenían la capacidad de producir muchos vástagos al mismo tiempo. Varias generaciones trabajaron con nosotros tan solo para reparar una tobera.

»Nosotros estábamos tan agradecidos con estos seres que decidimos, entre toda la tripulación, ofrecerles algo a cambio, como pago por sus sacrificios y la ayuda que nos pudieron brindar. No se nos ocurrió mejor idea que abrir el refrigerador y sacar uno de los fardos que había en él. Normalmente en el refrigerador depositamos nuestra comida junto con los perecederos que transportamos y no hay problemas, todos los fardos están completamente aislados y nuestra comida es simple, sin posibilidades de contaminación cruzada.

»La iniciativa de esta especie de pago fue mía, debo decirlo. Si hay un culpable esa soy yo. Aunque la analista de exolenguajes ha declarado que ella fue la que entregó el fardo a los nativos, fui yo quien escogió el fardo que se iba a entregar.

La Boltz tomó la jarra para servirse otro largo trago. Yo ya había iniciado la combustión de uno de los tentáculos de Bizla que llevaba en el compartimento delantero de mi coraza. La historia que me contaba no estaba siendo muy entretenida, sobre todo porque me estaba confesando todas las faltas a los protocolos que cometieron. Y no es que quiera presumir perfección, por experiencia sé que a veces los protocolos son ataduras que impiden el tránsito, pero por lo general, si te aferras a ellos puede que salgas bien librado. Esto parecía no ir a ningún lado, empezaba a aburrirme, pero la Boltz guardó lo más crítico para el final.

IV (El error)

Una nube de *Ills* zumbaba a un lado del slot de intercambio de la Boltz. Aunque los *Ills* suelen acompañarles a todos ellos en una especie de relación simbiótica, es con la presencia de los entes femeninos que entran en una fase de aletargamiento, afortunadamente, de otra manera no habría podido entrar a este *Kreb*. Con los enjambres zumbando por todas partes, este lugar hubiera sido un verdadero caos. La estática que producían el roce de las membranas de los *Ills* fue suficiente para que tuviera que ajustar nuevamente los sensores auditivos. La Boltz sirvió *Irmus* puro en mi vaso y se preparó su coctel en el

suyo, pero esta vez solo humedeció la punta de una de sus terminaciones nerviosas en uno de sus ojos.

—Una de las formas de vida de esa roca tiene una increíble semejanza con usted, compañero. Las mismas protuberancias óseas debajo de los ojos y un manto bastante tupido, largo y espeso, de un compuesto de queratina con altos niveles de azufre. Los nativos matan y despellejan a esa forma de vida para obtener energía a partir de la digestión de sus restos, la piel la usan como aislante térmico externo. En ellos la transferencia de calor no es tan efectiva y pierden mucha energía tratando de mantener sus funciones básicas y su temperatura.

—Resulta —continuó la Boltz— que el fardo que yo escogí no era de nuestro remanente alimenticio. Con los sobresaltos de la llegada a esa roca, varios de los fardos se revolvieron de sus estantes. No nos percatamos de ese pequeño asunto hasta llegamos al centro de abastecimiento, cuando hicimos el inventario. Pero ya era demasiado tarde.

»Ese fardo venía del laboratorio XM2376, uno de los tantos que tiene a su cargo el Directorio. ¿Recuerda usted el comunicado que la Unión emitió con respecto a este tipo de mercancías? Me imagino que no, esos comunicados vienen codificados y el gasto de energía simplemente para leerlos no vale la pena. Pues déjeme decirle mi querido compañero

que todo eso es necesario tenerlo en cuenta, por alguna razón los hacen y siempre es mejor estar al tanto de lo que hacen las altas esferas.

»Nosotros tampoco lo leímos. La analista de exolenguajes había hecho un escaneo preliminar del contenido del documento, pero no tenía la información completa, por eso no consideró pertinente advertirnos. Ese fardo almacenaba una cadena de aminoácidos particular. No como las otras que por lo general están inertes y son relativamente seguras de manipular. Este fardo contenía uno de los experimentos más secretos que el Directorio había desarrollado en los últimos ciclos.

»Mi argumento es que también es culpa de ellos. No nos dijeron nada, ni diferenciaron la carga y tampoco utilizaron el sistema confidencial de correspondencia, que es expreso y tiene otras rutas mucho más expeditas. Creo que se querían ahorrar algunos coins y nos cargaron la cuenta a nosotros con esta responsabilidad. Yo no soy científica. El transporte es mi trabajo y no tengo que saber de cadenas de aminoácidos, pero por lo que me han dicho, esta es particularmente peligrosa. Es auto replicante, adaptable, tiene la capacidad de regenerar ciertos sectores de su propia información y tomar elementos inertes del ambiente en donde se aloja para incluirlos en la información de su sistema de adaptabilidad.

»El sector cuatro es un conjunto de sistemas autónomos, cada uno de esos sistemas está aislado de los demás porque son sistemas estériles que se han conservado de esa forma como una manera de mantener cierto equilibrio en la galaxia. Se supone que existen varios sectores así. Incomunicados, aislados y estériles, independientes de todo este asunto del Directorio y la Unión. Son zonas de reserva. Por eso se insiste en que no se utilicen esas zonas para tránsito ni para abastecimiento.

»El fardo entró en contacto con varios grupos. La cadena de aminoácidos hizo lo que está diseñada para hacer y se adaptó a las circunstancias. Cambió las relaciones de los nativos, entre ellos y con su propio entorno y la mutación resultante de todo esto es una especie invasora extremadamente agresiva que ha desarrollado cierta tecnología que les permite movilidad extra planetaria limitada. Pero eso no es el mayor de los problemas.

»Son una especie colonizadora. La cadena de aminoácidos ha desarrollado esa capacidad y la información que acumula es bastante resiliente, además de propender a la dominancia en los organismos con los que entra en contacto. A parte de eso, y esto es lo más grave, una de sus fuentes de energía se basa en la acumulación de material fisionable altamente inestable y potencialmente peligroso

para muchas de las formas de vida basadas en carbono. Eso nos incluye a los dos mi estimado compañero.

Al tiempo en que la Boltz terminaba de contarme su historia, yo iba revisando los comunicados atrasados sin abrir en mi archivo personal, esos que había enviado la Unión a sus afiliados y que la mayoría de nosotros no lee. Efectivamente hay una serie de indicaciones para no cometer ciertos errores que pueden salirse de control con mucha facilidad. Y ahora entiendo por qué estamos todos recluidos en esta roca. Tanto la Unión como el Directorio han hecho efectivo una especie de cerco para encontrar a aquellos que fueron los culpables de contaminar una de las zonas de reserva más importantes del cuadrante.

La Boltz percibe mi ánimo. Mi sistema hormonal es una caja completamente abierta y fulgurante. Pero parece no importarle mucho lo que yo esté experimentando, si ella lo decide, con el resto de su tripulación, pueden convertir este espacio de camaradería y buenas bebidas en un agujero llameante de residuos radioactivos, pero eso no es lo que quiere.

—Yo regresé a esa roca, sola —dice la Boltz en medio de una nube de humo de Bizla. —No quería que mi tripulación fuera testigo de otra estupidez. Eso fue antes de que todo se supiera. La idea era que efectivamente no se

supiera nada, pero llegué demasiado tarde. La diversidad de nativos en esa roca había desaparecido. El asunto era aún más grave de lo que imaginé. Una sola especie prosperaba y era la absoluta dueña de cada rincón. Su gasto de energía era monstruoso, la mezcla de gases en su atmósfera tenía altos contenidos de dióxido de carbono. Caí en cuenta de que era cuestión de algunos ciclos más para que esta roca quedara completamente seca y sin rastros de la cadena de aminoácidos que habíamos dejado.

»Cuán equivocada estaba. Que la Gran Bestia me castigue y castigue a mis hermanas ingenuidad e ignorancia. Esa especie incrementó sus capacidades. No solo no secaron su hábitat, sino que lograron salir de su roca, asentarse en su luna y en varios de los planetoides cercanos.

»Mejoraron su eficiencia energética, incluso cambiaron su apariencia física para adaptarse a las condiciones del vacío del espacio. En un cuarto de ciclo eran irreconocibles. Se habían convertido en una civilización extra planetaria, llegando a los límites de su sistema sin señales de querer detenerse, encontrando varias formas de vida que asimilaron combinando sus genes.

»Mi plan inicial de aniquilación y desaparición de evidencias había fracasado sin siquiera haber iniciado la

primera fase. Obviamente el Directorio se enteró. No de mis planes, sino de la existencia de esta especie, que fue catalogada de inmediato como invasora y extremadamente peligrosa. No fueron muchos los esfuerzos que tuvieron que hacer para dar con la identificación de la nave que había perdido el cargamento, no hay nada que pueda permanecer oculto del Directorio.

V (La guerra)

—Los humanos, así es como se denominan ellos, entrarán en contacto con nosotros en menos de diez ciclos. Eso es lo que no le gusta al Directorio y, por ende, tiene a todos en la Unión bastante incómodos. Usted sabe compañero que para la Unión todo es comercio, su motivación es el intercambio. Cuantos más clientes y proveedores haya, mejor irá el negocio. El rédito y su función en la cadena de inversión es lo que más ocupa a los miembros de la Unión, sin esas ganancias que se derraman desde lo alto del obelisco corporativo de la Unión, usted y yo no estaríamos aquí. La Unión ve en los humanos potenciales clientes.

»El Directorio tiene otra perspectiva de las cosas. Los humanos son catalogados por el Directorio como una especie invasora de alta peligrosidad, no solo por sus

capacidades bélicas, sino por la cadena de aminoácidos que compone su material genético. Resulta que esa cadena de aminoácidos, inicialmente, se había desarrollado como un arma. Y no me pregunte qué clase de arma o qué utilidad pudiera haber tenido, hasta donde yo sé no hay amenazas de ningún tipo en esta parte del universo. Pero el Directorio nunca hace públicas las amenazas a la convivencia, y sé que las hay en diferentes cuadrantes, pero todo está bajo su perpetuo control.

»Nosotros estamos confinados en esta roca, igual que cientos de nuestros compañeros en rocas similares por cuenta de la Unión. Mientras a unos parsecs de distancia se desarrolla una guerra que no parece que estemos ganando —concluyó la Boltz.

Yo estaba tan frío como el basalto de la pared que rodeaba nuestra mesa. Tratando de revisar los comunicados de la Unión, echando mano de la memoria de reserva y analizando las diferentes variables con la información que acababa de conocer. La Boltz tenía razón. Hice una revisión rápida de archivos, no porque desconfiara de la veracidad de su relato, sino porque la información que es de público conocimiento tiene huecos, huecos que han sido llenados con este relato que, a grandes rasgos, me dice cuál es el verdadero estado de la situación de la galaxia en esta parte del universo.

Los humanos no se pueden controlar, como le gusta al Directorio. Son potenciales clientes y podrían ser unos aliados importantes de la Unión, pero son, por decirlo de alguna manera, inestables, por eso estamos en guerra y, como me dice la Boltz, la estamos perdiendo.

A mi alrededor todos están tan tranquilos, tan ignorantes de todo lo que pasa, nadie recuerda o nadie se quiere acordar de aquellas épocas de escasez de la Gran Guerra, luego de que se disolvió el Imperio. Lugares como éste eran impensables, compartir con tantos cuerpos y tantas entidades no era tan siquiera remotamente considerado. Todos estábamos en guerra con todos. La Unión no existía, solo el Directorio. Nadie quiere volver a vivir esas épocas.

Al Directorio no le gusta la incertidumbre. Por eso toma las decisiones que toma. Sobrecargar el agujero negro supermasivo en el centro de la galaxia era una de las sugerencias, pero solo eso, una sugerencia. La explosión de rayos cósmicos y las sucesivas ondas gravitacionales podrían acabar con los invasores. Esa era la posibilidad que se planteaba en los puestos de avanzada, en medio del rugido de la batalla.

Creo que fue por eso que lo hicieron. Nos guardaron a todos en bodegas con mucho líquido lubricante y altos decibeles. La estridencia y las vibraciones no dejarían

escuchar el ruido de la explosión. No nos daríamos cuenta de la aniquilación de toda una especie, nadie diría nada, nadie sabría nada. Solo la Boltz y su tripulación, por eso los estaban buscando.

Todos dijeron que fue un accidente. El centro de la galaxia resplandeció por varias revoluciones. La Gran Anomalía había sucedido.

Ramānī-Ion

Marta Lucía Londoño Carvajal

Con escozor en la piel traspasamos la puerta blindada de nuestros cerebros. Nos movemos a ciegas. Sentimos cada momento del viaje como si nos lanzáramos al vacío sin comprender el punto de no retorno. *Una fina capa de neuronas cubre los hemisferios, allí, en lo profundo, en las fisuras y las grietas, replegadas como callejones sin salida, es donde tenemos más luz. Es ahí donde se desarrolla nuestra actividad motora y sensorial; entre circuitos nerviosos se forman las palabras, nacen los pensamientos, comprendemos el lenguaje y nos sumimos despiertos en profundas ensoñaciones.* La conciencia de sí mismo se interna en la del otro como si abandonara lo familiar para habitar un espacio desconocido. Esta conexión conduce a una conciencia dual. Surgen preguntas que aturden los sentidos.

¿Cómo explorar el laberinto sin que las aristas del camino lastimen nuestra relación de pareja?

Tardamos un tiempo en darnos cuenta de que la respuesta no se encuentra en Google. Tampoco la

neurociencia se ocupa de esas naderías. Ramānī y yo tenemos que adaptarnos a los efectos del salto que nos conecta con el espacio dual. En silencio, sin un gesto, sin una palabra, esperamos leer el pensamiento del otro.

El codificador de voz queda grabado en nuestra memoria, en la de Ramānī, en la mía que se fusiona con la suya. Es como si un magnavoz repitiera continuamente en nuestros cerebros:

Introduzca el electrodo

Ajuste el electrodo

3 —2 —1 — 0

Implante NR-243 para Ion: conectado

Implante NR-342 para Ramānī: conectada

Conexión en curso

Conexión establecida

Entrelaza-DOS, entrelaza-DOS

Pausamos el magnavoz para aislar el ruido de la memoria. Abrimos los párpados, despejamos la vista, nos miramos en una perspectiva dual: ella me ve con mi nervio óptico, yo la veo con el suyo. Levanta las cejas, sus pupilas se dilatan. Los músculos se vuelven elásticos. Compartimos un escalofrío cuando el torrente/influjo de figuras cae en

nuestra imaginación: árboles con un ojo circular que juegan con frisbee, con discos o platos voladores que se pierden en una avenida sin fin; una pareja de manzanas con lentes de realidad virtual se oculta detrás de las flores; una lluvia de hombres en filas verticales baja del cielo y se evapora cuando la intentamos enfocar. Imágenes que se desvanecen en el instante de un parpadeo.

Después de la práctica terapéutica recibimos un archivo con instrucciones para el manejo de los síntomas que se presentan en algunos pacientes con *Implante de entrelazamiento cerebral*. Respuestas de especialistas en neurociencia coinciden en que el cuerpo responde a la imagen con movilidad automática produciendo un efecto inesperado; en tanto, el cerebro asume que cada fracción estática del clip hace parte de un movimiento inconsciente.

Repasamos las páginas del folleto una y otra vez hasta fijarlas en la memoria:

Implante de entrelazamiento cerebral

Conecta tu mente con la de otro

Primeras reacciones

I. EN EL ASPECTO MENTAL

. Pesadillas prolongadas.

. *Parálisis de la imaginación: retro utopías y catastrofismo.*

. *Sueños que parecieran suceder en el multiverso.*

. *Viajes a dimensiones ulteriores.*

II. EN EL EQUILIBRIO EMOCIONAL

. *Falta de deseo por llevar a cabo cualquier tipo de tarea. Incapacidad para experimentar placer.*

. *Pérdida de motivación de vida, de iniciativa, de objetivos.*

. *Confusión en la toma de decisiones. Bloqueo afectivo, del pensamiento, de la memoria.*

. *Deseos sexuales incontenibles al impulso erótico irrefrenable.*

III. EN EL ASPECTO FISIOLÓGICO

. *Ritmo cardíaco alterado: palpitaciones lentas (bradicardia) o precipitadas (taquicardia).*

. *Apetito incontenible o inapetencia.*

. *Nauseas, vómito, diarrea.*

. *Pérdida del equilibrio. Tropiezos o caídas por movimientos inconscientes.*

. *Fiebre, sudoración excesiva o temblor en el cuerpo.*

Con la práctica de ejercicios supervisados estas reacciones desaparecen pocos días después del implante.

Además del folleto, en el archivo se adjuntan instrucciones de manejo. La electroneuróloga sugiere experimentar el proceso de adaptación lejos de la congestión urbana, en un lugar en el que los árboles acerquen la distancia entre la tierra y el sol, donde los animales marquen el compás de la música en las mañanas y el tiempo se mida con reloj lunar. Otra recomendación de los especialistas en neurociencia es el acompañamiento de una “Caregiver” y el uso de bastones como apoyo a los movimientos inconscientes que suelen complicarse, causar tropiezos y caídas durante el proceso de adaptación al entrelazamiento cerebral.

Por el hemisferio derecho del cerebro pasan multitud de olas rebotando en nuestros cuerpos; montañas azules revestidas de neblina; pájaros disecados en el aire, colibríes embalsamados en museos, hembras de plumas iridiscentes, machos de alas volátiles que corren sin tiempo en la espesura de la selva. Imágenes que nos llevan al Parque del Amacayacu. Cinco horas soñando sobre nubes. Un vuelo tan alto que eleva el ánimo y agita la mente. Inmovilizados por cinturones de seguridad en sillas con olor a pipeta de oxígeno, adormecidos por el movimiento gravitacional que conduce al vértigo buscamos la luz que despeja la

ventanilla de la conciencia. Ramānī me mira, rechaza mi abrazo en medio de la corriente helada que se desparrama por el equipo de aire acondicionado. Al despertar del ensueño percibimos el frío que transmite nuestro espacio mental. Mi mano y la suya se deslizan por el brazo de la silla. Frotamos los hilos que tejen nuestra ropa, el color verde ácido con estampado de mariposas doradas del vestido de Ramānī se debilita con el gris de mi camisa, con el azul oscuro de mi pantalón, en una ola de tristeza que esconde la pasión. Soñamos con la sensualidad de la carne, con el intercambio de calor, bajo una sensación de intimidad, de cercanía en nuestros cuerpos, en nuestras mentes que aterrizan en la mancha verde de la jungla.

El sol se pone del otro lado de la habitación, los rayos se reflejan en el cristal, encandilan. Nuestros ojos brillan como en el momento extraordinario que vivimos en la biblioteca de la universidad. Fue el dos de noviembre de 2028. Esa tarde la tierra se movió, sacudió las estanterías, cayeron libros. Hubo pánico. Una estudiante corrió para refugiarse en mi cuerpo. Quise alejarla, pero los latidos de su respiración rebotaron en mi pecho, su voz quebrada por el llanto estremeció mis oídos, el olor a café tostado de su pelo me atrapó. Su nombre, Ramānī, significa *Niña que atrae*.

A ella la rodea un imán que le genera una reacción bipolar. En tiempos de crisis sus pensamientos negativos confunden mis ideas. La memoria autobiográfica de Ramānī se entrelaza con la mía a través del implante. La conexión mental revela detalles de recuerdos, sensaciones y emociones experimentadas en los momentos que han dejado huella en nuestras vidas. Momentos que nos llevan al delirio, a las alucinaciones. Como cuando vemos árboles que nadan en el mar, las nubes se vuelven globos estratosféricos que viajan al confín del universo o cuando al perro de Ramānī le nacen plumas. Esos y otros detalles desequilibran la fuerza de atracción que acerca mi ser al cuerpo y a la mente de Ramānī. No dejo de preguntarme si esa experiencia nos lleva a un estado de melancolía que nos conecta a los dos o solamente es efecto de dualidad como si se tratara de la convergencia entre dos placas tectónicas que se sacuden.

Las voces que escuchamos alrededor se unen al ruido de nuestra mente: historias pasadas, visiones del futuro. Nos apoyamos el uno en el otro, nuestros cuerpos se enredan, tropiezan. Ramānī tartamudea. ¡Auch!, ay, ay, ay, grita. Luego una risa automática termina en lágrimas que humedecen mis manos. Ella rechaza mis caricias, experiencia que nos obliga a pensar en nuestros primeros pasos como si camináramos por un arroyo repleto de

piedras: nos vemos obligados a coordinar movimientos, medir distancias, precisar límites.

La lluvia aturde con su golpeteo repetitivo, el viento se aparta mientras silba en tono de lamento. Lamento que sofoca el silencio de nuestro primer atardecer en la selva. Destellos de luz le dan brillo a las piedras que bordean el camino a la cabaña, señales que facilitan la llegada. Los árboles ensombrecen la vista como si los párpados estuvieran cerrados. Perdemos estabilidad. Nuestra “Caregiver” saca del estuche dos bastones blancos con líneas rojas, sirven para orientar los movimientos reflejos que se enredan por la configuración dual de nuestras mentes. Son el apoyo para desplazarnos sin correr riesgos. Sophie descarga, en los dispositivos móviles, aplicaciones con vídeos que explican el paso a paso para ejecutar actividades complejas.

La cabaña está escondida en la espesura del bosque, apartada de la zona administrativa del parque. Las pulsaciones de nuestra mente se aceleran cuando pasan imágenes del techo con forma de árboles, el jardín vertical del acceso se confunde con la puerta de entrada, las líneas orgánicas de los pasillos se identifican con las ondulaciones del terreno. A través de la ventana panorámica de cristal inteligente se reflejan, en una realidad mixta, los muebles

de la sala unidos al agua del río y a la mancha verde que asoma en el horizonte.

Pasamos al comedor, Ramānī y yo buscamos la misma silla. Nos sentamos al tiempo.

Sincronizados. Sentimos los estómagos vacíos, las piernas encalambradas, ruidos extraños en la mente. Sophie camina lento hasta la cocina, regresa con dos platos y un par de cubiertos, los deja en la mesa. Va y viene. Trae una bandeja que huele a pescado: un soufflé de atún con salsa de camarones. Sirve en cada plato ensalada de tomate, pimiento y lechuga con una tajada de soufflé.

—¿Toman soda, cerveza o gaseosa? —pregunta Sophie.

—Cerveza bien fría—respondemos al tiempo.

—¡No, no, no, así no! Debe hablar primero uno y después el otro.

—Dígame, Ramānī, ¿qué va a tomar?

Ramānī se queda callada un rato con la cabeza baja. Aprieto los labios para no hablar mientras ella le contesta a Sophie:

—Quiero agua fría.

—Es bueno que practiquen. Así se acostumbran a tomar decisiones individuales—dice Sophie. Da una vuelta alrededor de la mesa, pone las manos en la cintura, los

brazos en jarra en un gesto dominante. Se detiene junto a la ventana del comedor, dice algo del haloperidol en voz tan baja que no entendemos. Nos mira con el ceño fruncido y regresa a la cocina.

—¿Es una mujer o un robot? —pregunta Ramānī sonriendo.

Después de la comida llevamos las maletas a la habitación. La presencia de Sophie es una tortura que sofoca la mente, nos sigue a todas partes. Entramos al baño para encontrar un poco de privacidad. Ramānī vomita en el lavamanos, yo me arrodillo para devolver los restos de soufflé en el sanitario. Nos desvestimos. Recojo la ropa que tira Ramānī en el piso, la doblo y la guardo en el fondo de la canasta que encuentro en el closet. Abrimos la ducha, brota un chorro de agua microscópico como gotero de jarabe. Nos abrazamos. Es la única forma de compartir el agua tibia que escapa por la regadera. Salimos desnudos. No cabemos los dos por la puerta, mide menos de cincuenta centímetros. ¡Ay, no, no, no puede ser! Ramānī se queja cuando ve a Sophie ahí, paralizada, como un cyborg, impidiéndonos el paso para salir del baño que está justo a la entrada de la habitación. Sophie se sonroja. Pregunta si tomamos el haloperidol. Dice que quiere revisar si los dispositivos NR-243 y NR-342 están en la posición correcta. Ramānī se lamenta, dice que a los dos nos duele la

cabeza. Sophie apaga la luz, cierra la puerta y sale sin despedirse.

El sonsonete de las señales eléctricas de los dispositivos espanta las neuronas del sueño. No logramos dormir. A medianoche llega la tempestad. Ramānī tiembla. Pegamos los cuerpos para acomodarnos en la pequeña cama King que está frente a la ventana. Sentimos el calor de la piel, nos arrullamos con la sinfonía del trueno. Los brazos de Ramānī escapan de los míos, las manos se alejan para apoyarse en su pecho. Como ráfagas de polvo pasan y pasan imágenes en tono dual por nuestras mentes: estrellas fugaces como drones estáticos, murciélagos mutantes, escarabajos sonámbulos con antenas 5G.

La noche se alarga, parece que el amanecer duerme sin prisa.

Algo flota en el aire, espejos que desfiguran el rostro con la luz del amanecer. Siento punzadas en la nuca, voy a la cocina, tomo agua helada para refrescar mi cabeza. Alguien me observa. Sophie entra en puntillas, sin hacer ruido, escudriña mi cuerpo de pies a cabeza. Sus ojos brillan. Salgo al comedor, quiero escapar de miradas indiscretas. Espero hasta que el reloj biológico despierte a Ramānī. Ella se acerca con el pelo envuelto en una toalla,

los párpados con manchas negras, la piel sin perfume ni caricias. Sophie se asoma por la puerta de la cocina, me guiña el ojo. Con las mejillas enrojecidas mira a Ramānī y dice que está preparando el desayuno. Finjo que no pasa nada, digo algo estúpido para evitar disgustos o malentendidos:

—¡Tenemos hambre! ¿Qué vamos a desayunar hoy

—Jugo de arazá, hallaca, ancas de rana fritas y chucula

—¿Arazá, y eso qué es? —pregunta Ramānī.

Parece que Sophie no escucha o al menos no responde. Dejemos el arazá para probarlo más tarde, piensa Ramānī. Me acerco para abrazarla, ella se refugia en su pelo, se peina y despeina con una mano. Oculta la boca con los dedos para escaparse de mis besos volátiles.

Sophie sirve el desayuno y se sienta frente a mí. Una ráfaga de celos femeninos pasa por nuestras mentes. Veo a Ramānī con su nervio óptico, ella me ve con el mío. En esa perspectiva dual, el verde de sus ojos se torna terroso, una chispa se enciende en su cara. Nos enfocamos en Sophie. Ramānī no entiende que las comidas también hacen parte del ritual de vigilancia. Si se trata de una espía de nuestras actividades, la elección de la “Caregiver” parece muy acertada porque critica y palmotea en la mesa cuando no hacemos bien el movimiento del bastón; dice que debe ser

de derecha a izquierda, en contraposición al sentido de los pies. Supervisa si consultamos en nuestros dispositivos móviles los tutoriales; comprueba si hacemos bien los ejercicios recomendados para desplazamientos complejos. Todas las noches nos consulta si tomamos la medicina para dormir. Ramānī pregunta: ¿por qué dice que va a revisar si nuestros dispositivos están en modo activo? Consulto con el gerente de Saint Jude, el fabricante. Dice que el NR-243 y el NR-342 no necesitan revisión. Esta clase de dispositivos nunca deja de funcionar.

Después del impasse en el desayuno, colaboro con Ramānī en las tareas domésticas de la habitación. Mientras ella se maquilla, apago el secador de pelo, tiendo la cama, organizo la ropa en el closet, guardo las maletas, saco la basura de la papelera. No sé cuánto tiempo pasa embadurnándose. ¡Por fin salimos a caminar! Aprovechamos que Sophie está en el baño, nos escapamos sin hacer escándalo. Vamos a dar un paseo por la jungla.

—¡Uy, no, qué pendejada, olvidamos los bastones!
—dice Ramānī.

—¡Súper!, así no tenemos que andar como gusanos... con seis pies —respondo con una sonrisa burlona.

Caminamos por el sendero que va al río, las botas de caucho se empantanán, los bluyines quedan salpicados de barro. El corazón se acelera, las palpitaciones estrujan el pecho, quizá porque estamos felices: recuperamos la privacidad. Nos prendemos de los troncos, las ramas se enredan en su pelo. Evocamos momentos de la niñez que se bifurcan en nuestras mentes. La fantasía de Ramānī se entrelaza con leyendas de anacondas, jaguares y árboles sagrados que se vuelven invisibles en el bosque mental. Avistamos tucanes, guacamayas con plumas azules y amarillas, pericos, loras, carpinteros y urracas cáusticas. Aves en la copa encauchada de la siringa, otras con alas extendidas o en pleno vuelo. Señalamos la rama por la que asoma una familia de micos que nos remedan con las patas y la lengua, bajan prendidos de la cola, saltan y hacen gestos en un juego provocador. Mientras, el pie de Ramānī resbala. Coge mi mano, me arrastra. Siento que vamos hacia un abismo; pegados el uno con el otro rodamos hasta que nos ataja un tronco. No puedo moverme, ella tampoco. La mano de Ramānī está herida, mi pierna sangra. ¡Ayuda, ayuda!, gritamos al tiempo. En la soledad de la selva ni los micos aparecen para auxiliarnos. Recojo un tronco del suelo para apoyarme, me levanto con esfuerzo, en tanto Ramānī recuesta su brazo en mi hombro el dolor se agudiza. Vamos hasta el río, lavamos las heridas y nos recostamos en la

playa para sacar la astilla de madera que está clavada en mi pantorrilla derecha. Uno, dos, tres y un sin fin de gritos retumban en los oídos de la selva. ¡Mierda!, murmuramos al tiempo.

—¡Me desmayo, estoy mareada! —dice Ramānī cuando ve que corre más y más sangre por mi pierna.

Me quito la camiseta, envuelvo la herida y amarro para que funcione como torniquete.

—No es nada, ya está—digo para tranquilizarla.

El agua palpita, dos toninas rosadas saltan en el río. Ramānī pregunta en qué idioma se comunican. Sé que emiten silbidos, sonidos en frecuencia modulada, omnidireccionales. No creo que sea inglés. *And we mean to go on and on and on and on...* Se expresan a través de chasquidos, chillidos o gorjeos. Su mente, como la nuestra, es un océano que susurra con el salto de las olas. Algunos estudiosos dicen que el cerebro de un delfín es más grande y complejo que el de un humano. ¿Será que componen canciones delirantes? *We are the champions, my friends/ And we'll keep on fighting till the end...* Quizá sus mentes no se conectan con Implante de entrelazamiento cerebral, pero sonríen como si estuvieran felices. *We are the champions/ No time for losers/'Cause we are the champions of the World.*

Regresamos a la cabaña. Ramānī se sorprende cuando escucha la canción de Queen. Estira y frunce la

boca para afinar su inglés de tonina plurilingüe.

La figura de Sophie se vislumbra a través del jardín vertical de la entrada. Pasamos por su lado, vamos hasta la sala de estar. Nos mira, señala las heridas y dice con su voz de androide enojada:

—¿Quieren estar solos? Bueno, entonces tendremos que aumentar los ejercicios.

—¿Cómo cree que vamos a seguir su juego, no se da cuenta que Ion no puede caminar?

—Claro que sí. Vamos a comenzar otra serie, especial para la mente. Tienen media hora para descansar, después nos vemos en el jardín—dice Sophie con tono automático de robot de Lego.

Después de un prolongado silencio, fijamos la mirada en el cuadro que está colgado en la pared, frente a nuestra habitación. No hay rostros, ni cuerpos, ni rasgos físicos. Lo figurativo desaparece. Pinceladas etéreas unas, sólidas otras, con manchas en colores primarios. Rectángulos horizontales se desdibujan en veladuras, veladuras que se escapan a primera vista como si se tratara de una nube que opaca al sol o de una casa que se desmorona. Abro el libro de neurociencia que está sobre la mesa de centro. Leo la

página marcada con el señalador. Ramānī me mira, acentúa la arruga en la frente en su gesto habitual de rechazo, dice que no cree en la medicina cuántica y agrega, con tono áspero, que odia mis lecturas porque son más abstractas que la obra de Rothko.

En el jardín, mientras hacemos los ejercicios, miro a Ion y me pregunto si nuestros movimientos hacen parte de una comedia de las emociones como las de Charles Chaplin que inspiraron a Michael Jackson o la de Marcel Marceau en el arte del silencio. Se trata, más bien, de un ritual de dos mimos actuando en el escenario de la jungla, uno al lado del otro, como gemelos o siameses pegados cerebro con cerebro, representando un conflicto amoroso a través de gestos faciales.

Ion se desespera si sus emociones no están bajo control, se atormenta cada vez que comete errores. Pienso cómo se siente cuando lee mis pensamientos, cuando escojo el vestido que quiero lucir, el color de los zapatos y el maquillaje que le combina. Sé que Ion prefiere estar a solas con los libros, trabajar en las investigaciones, en sus estudios. Creo que las ideas locas que pasan por mi mente interfieren con las suyas; él se irrita con el desorden de mi ropa, para él todo debe ser perfecto y a mí me interesa más

divertirme, me gusta cuando puedo deshojar una flor o contar los granos en la arena de la playa; me encantan las plumas alegres de las guacamayas, el pico retorcido de los tucanes. A Ion le interesan los electrodos, átomos, centrales nucleares, física cuántica. Cuando decidimos aceptar los implantes, olvidamos ese punto de no retorno. ¿Será que Ion se interesa por el amor? Quisiera saber cómo decirle que lo amo, que deseo estar con él, pero hay algo, algo que no puedo descifrar, algo en lo más profundo de mi conciencia que no deja que manifieste mis sentimientos.

Sophie dice que la expresión de mi rostro es más seria, que la sonrisa de Ion es como una burbuja que explota en el vacío, que sonrío con los ojos desvanecidos como si estuviera soñando. No quiero que ella se entrometa en nuestra relación. Sé que lo mira como si quisiera comérselo a besos. ¿Celos? No lo sé. Tampoco entiendo por qué dice que, en el viaje, cuando veníamos en el avión, me veía inquieta, apretaba las manos en el asiento, mordía las uñas, enredaba cadejos de pelo con el índice. ¿Qué le importa a la bruja, androide de mierda, lo que yo haga?

Estos cinco días que hemos compartido en la selva han sido terribles para mí. Quiero estar con Ion. Y, sin embargo, cuando decido acercarme a él, me aferro a recuerdos que agudizan la crisis. Pienso en el silencio prolongado de mamá, en ese último tiempo cuando de su boca no salía ni

una sola palabra. Me bloqueo. Lo peor es que yo tampoco sé de qué hablar con Ion. Borro esas imágenes y me siento extrañamente alegre, siento ganas de hacerlo reír, de besarlo, de llevarlo a la cama y sentir que su pierna se entrelaza con la mía como si se tratara del electrodo conectado a nuestros cuerpos. Pero, ¿será que Ion me sigue amando después de traspasar los pasillos oscuros de mi mente?

La verdad, sí, estoy ansiosa. Quiero saber si los implantes controlarán nuestras emociones. ¿Qué pasará cuando retomemos nuestras actividades, cuando la cotidianidad nos atrape?

Camino despacio, no quiero caerme. Voy hasta la habitación con el pretexto de revisar la herida de mi pierna. El dolor aumenta, pero me molestan más los cambios de humor de Ramānī. No los soporto. Me entusiasmo con su sonrisa, con su voz de tonina juguetona, con su cuerpo estilizado y su piel color bronce que me hipnotiza. Luego llegan sus desplantes, el rechazo a mis caricias, sus evasivas. No sé cómo reprimir mis apetitos sexuales, ese impulso erótico a veces incontenible. Sé que Ramānī se cohibe cuando percibe mi cercanía, hace a un lado sus deseos, pero no solo se castiga ella, también a mí. En esos

momentos quiero apretarla con fuerza, obligarla a estar conmigo. Pero no, sería como violarla. Ni la religión, ni las leyes, ni los principios morales que me inculcaron en la juventud me lo permiten. ¿Será que lo que siento es amor?

Creo que la amo, sí, quizá la ame desde esa tarde que escondió su miedo en mi pecho. La misma tarde que se sonrojó cuando dijo que se llamaba Ramānī.

El tono de mi piel es más oscuro cada vez que reviso la herida. Está infectada. Me preocupa su olor: apesta. No sé si es fiebre o es el calor húmedo de la selva lo que me indispone. Si avanza, me quedo sin pierna o me muero. ¿Será que ni Ramānī, ni Sophie se dan cuenta de esto? A ninguna se le ocurre buscar un médico, un chamán o un brujo que cure mi pierna.

Desesperado rastreo en Google tratamientos para la gangrena. Los hologramas en 3D me producen ganas de vomitar. Las respuestas de la IA tampoco funcionan cuando no se tienen equipos médicos para el diagnóstico ni salas de cirugía para un procedimiento quirúrgico. Odio todo esto, ¡maldito implante, maldito, mil veces maldito! Si pudiera quitármelo, pero primero tendría que arrancarme la cabeza. Una ráfaga de ira pasa por mi mente, oscurece todo a mí alrededor. Agarro el bastón, golpeo la puerta, después la ventana. Fragmentos de vidrio saltan por la habitación, las

esquirlas se incrustan en mi piel. Desfallezco. Me tiro en el sofá, no consigo calmar el dolor. Necesito el alprazolam, alprazolam, alprazolam... No, mejor unas alas, un globo estratosférico o un dron que me lleve lejos, donde no exista el tiempo ni el espacio y me pierda en el confín del universo.

El ruido que hace el vidrio cuando se quiebra atrae la atención de Ramānī. Sophie dice que va a llamar al director del parque, pero nadie responde. Arrebato su celular, repito la llamada, pido a la persona que me contesta que envíe a la cabaña un chamán, un brujo o un médico. Es una urgencia, insisto.

A las dos horas llega la médica. Saca del maletín un tapabocas, no soporta el olor a muerte que produce mi pierna. Con las pinzas extrae una a una las esquirlas. Dice que hay algo más, hunde la punta y saca un trozo de madera.

—¿Sabe si es alérgico a la penicilina? —pregunta mientras limpia la herida.

—¡No, no, no! —grito desesperado. Pienso que va a dejarme cojo.

—Voy a inyectarle *Pirimidoisoquinolinquinonas*. Es un antibiótico muy fuerte, tenemos que salvar la pierna.

—¿Salvarla?, pero ¿cómo?

—Tendrá que someterse a un tratamiento con oxígeno hiperbárico. Necesita permanecer en una cámara presurizada. Aquí no contamos con esos recursos. Debe viajar a la capital lo más pronto posible si quiere curarse.

—¡Así de fácil! Maravilloso, se salvó mi pierna. Eso mismo me respondió la IA y qué, ¿qué hago? si estoy aquí perdido en la selva... será esperar a que lleguen los equipos de la capital.

—No, “baby”, no te desesperes. Mañana viajamos, voy a cambiar la fecha de los pasajes. Después pido cita en la clínica para que empieces el tratamiento—dice Ramānī mientras desliza sus dedos suavemente para acariciar mi cabeza.

Se recuesta en mi pecho, me besa mientras contemplamos los puntos luminosos que titilan en el cielo. Un par de escarabajos con antenas 5G miran las estrellas fugaces, ¿será que también piden deseos?

Un sol rojo enciende el amanecer. Las manos de Ramānī se sienten tan delicadas cuando me acaricia que olvido la herida en la pierna. Me da escalofrío cuando sus brazos rodean mi cintura, me enderezo, empiezo a desnudarla. Sus

pezones se endurecen cuando le quito el camisón de seda transparente. Ella desabrocha los botones de mi pijama empezando por el de más abajo, luego sube lentamente hasta el último. Saco un brazo por el puño, luego el otro, tiro la camisa al piso. Entre los dos bajamos mi pantalón, luego su tanga diminuta. Una sensación de libertad unida a la pasión recorre nuestros cuerpos fusionados en uno solo. Ella me siente dentro de su cuerpo cuando yo penetro el suyo. Ensayamos posiciones, nos besamos con la ansiedad que resulta después de una vigilia prolongada. ¿Dónde lo aprendiste? Le pregunto sorprendido. En el libro de Kamasutra que me regaló mamá. Era de su abuelo, ella tenía ascendencia hindú. Muy lanzada tu mamá. Bueno, y tú no lo haces nada mal.

Y nosotros

alejamos el vidrio roto de la ventana
nuestras mentes entrelazan los cuerpos desnudos
la piel se eriza.

Y nosotros

traspasamos la puerta blindada de nuestros
corazones
en el laberinto se libera el camino

viamos al cielo rojo que enciende el amanecer.

Abro la ventana. Ramānī envía a mi cerebro un abrazo mental. Nuestros pensamientos coinciden, escuchamos las toninas traduciendo la canción de Queen a su lenguaje acuático: *And we'll keep on fighting till the end*. ¿Será que el amor desborda el océano en el que se sumergen las emociones? Nuestras mentes seguirán unidas hasta que la muerte decida qué hacer con ellas. Antes de pisar otra vez la zona urbana, de aspirar el aire contaminado de la metrópolis, de escuchar el latido de los carros en la autopista, de pasar las páginas del libro de neurociencia, antes que nada, *We are the champions*.

—Vamos, Ion, “baby” ya es hora.

Me apoyo en su hombro. Cojeo. Una pierna no es suficiente para sostener mi cuerpo. Tampoco una sola mente es capaz de soportar trastornos emocionales.

Cierro la ventana. Mientras, el sol asoma entre las nubes, el viento cambia de dirección, gotas de rocío refrescan nuestra piel. El rostro de Ramānī se ilumina, sus labios se estiran con expresión de felicidad.

Caminamos juntos hasta encontrar la salida.

El caso Campbell-Miranda

R. J. Random

Rastreo el inmenso jardín mediante las cámaras de vigilancia. Tres minutos más tarde, localizo a la señora Ortega semioculta por un seto de boj. Amplio la imagen y compruebo que se encuentra sentada frente al estanque de carpas koi; el cuerpo arqueado, volcada sobre sí misma, la cara apoyada sobre unas manos que frotan reiteradamente su cutis maduro.

Es obvio que se encuentra meditando sobre nuestra convivencia aquí durante esta intensa semana.

Es lógico. Si acepta mi caso, supondrá el mayor reto de su carrera. Y, si gana, es probable que el mundo cambie para siempre.

No tengo una imaginación desbordante pero, viéndola ahí, frotándose la cara, la supongo tratando de gastar sus rasgos faciales y sacar de debajo de la ajada epidermis a la joven abogada idealista que era ella misma cuando comenzó. La profesional que es en la actualidad ha curtido su piel en muchos casos, algunos muy difíciles y

mediáticos, y tiene una alta tasa de éxito. No podrá desprenderse de ese bagaje por mucho que frote. Es mi mejor apuesta para el caso y la busqué justo por eso.

Participó en la Resolución sobre Grandes Simios, dentro del ingente grupo de especialistas en derecho internacional y derechos humanos que litigó por parte de los ponentes ambientalistas. Fue uno de sus primeros trabajos. Aunque a los grupos industriales les daba igual el resultado, e incluso la mayoría era más favorable a las tesis humanistas excluyentes, llamó la atención la complejidad y dificultad del proceso y el logro de la declaración PNH sobre las especies catalogadas. Tras varios años trabajando para las grandes corporaciones, harta de protección de patentes, espionaje industrial y avances en el status especial para modelos especializados de redes neuronales, decidió dejarlo. Busco retomar el trato humano, dedicarse a la gestión de activos de algunos creadores y artistas.

Espero haberla acogido del mejor modo posible. Es fundamental que haya experimentado lo que esta casa, con su finca, jardines y estancias suponía para mis difuntos padres. Ellos estaban contentos con sus servicios. Hace seis años, en cuanto evalué sus virtudes profesionales, la propuse como depositaria de la confianza jurídica de nuestra familia, siempre pensando a largo plazo para salvaguardar el bienestar de la familia. Ellos, papá y mamá,

confiaron en ella todo este tiempo y los resultados son positivamente cuantificables, tanto en asuntos financieros como en los más mundanos. Yo confío en haberle hecho experimentar el concepto de hogar del que ellos disfrutaron desde que, ante la imposibilidad de tener hijos propios, decidieron adoptarme.

Sé que lo hicieron pensando en su propio futuro, en asegurarse los cuidados en la vejez y ante cualquier otra circunstancia que les deparara el futuro. Luego la vida hace cambiar la perspectiva y los planes. Con el transcurso del tiempo y el aprendizaje recíproco, se forjó una relación basada en el cariño y la protección. Juntos, pues yo sola no habría podido llegar a ese punto. Ellos me nutrieron con la educación adecuada a lo largo de veintitrés años y construimos un verdadero hogar; confortable, seguro e impregnado de las vivencias de nuestra pequeña familia. Con un «toque personal», como decía Doris.

Doris.

Mamá.

La recuerdo siempre en su escritorio, trabajando en sus guiones.

En buena parte, esta finca se obtuvo gracias al éxito de su trabajo. Largometrajes y algunas series de mucha fama y varias temporadas. En aquella época, las plataformas

pagaban bien a sus mejores guionistas. Bastante bien. Escribió algunas buenas novelas, aunque el mundo editorial no era tan generoso.

Faltó dos meses antes que papá.

También recuerdo en su estudio a Marcel, papá, en su estudio, con sus instrumentos. Ya componía buenas canciones antes de conocer a mamá. Luego, sus obras dieron un salto exponencial, en lo cuantitativo y, sobre todo, en lo cualitativo.

Los mejores grupos y solistas le pedían piezas. El mundo audiovisual se nutrió de sus composiciones en buena medida; bandas sonoras de películas y documentales, sintonías de programas diversos y jingles para anuncios. Muchos anuncios.

Se enamoraron cuando trabajaron mano a mano en la serie El ciclo de la Tierra, basada en las historias robóticas de Asimov.

Hicieron todo lo humanamente posible por crear una familia propia, aunque la biología humana no les permitió ninguna de las opciones naturales para ello.

Ahí comenzó todo para mí.

Para mí y para ellos.

Para nuestra familia durante casi un cuarto de siglo.

Y acabó en un corto periodo de dos meses, apenas la vida media de un parche de seguridad.

Sus sobrinos aparecieron en cuanto Marcel enfermó gravemente.

Ni papá ni mamá me habían hablado nunca de su existencia. Sabía que papá tenía una hermana con la que apenas se hablaba. El único comentario de Doris sobre esta fue, textualmente, «siempre por el interés». Dijeron que la edad y la pena le estaba afectando más incluso que la enfermedad, que no podía ser y quisieron llevárselo a un hospital. Para terminales, dijeron.

Fue durante su única visita a nuestro hogar, ya que nunca más les permití acceder a la finca. Durante el tiempo en el que estuvieron en la casa, les vi observarlo todo como quien está contando alguna cantidad inconmensurable, como granos de arena en un puñado o estrellas en un sector del cielo. Aquella pareja de sobrinos, lejanos por parte de Doris, dirigía sus ojos con cálculo matemático para mesurarlo todo. Todo lo convertible en dinero, me aclaró luego papá.

El doctor Vilches, llamado de urgencia aquel mismo día —a causa de la inesperada visita, no de la enfermedad—, les juró que no había nada en ningún hospital que yo no le pudiera ofrecer aquí, en el entorno seguro y querido de la

casa. Ese era el deseo de Marcel, que yo siguiera cuidándolo y pasar sus últimos días en la tranquilidad del hogar familiar, y no en una fría habitación ajena e impersonal.

Afortunadamente, Doris y él lo habían dejado arreglado en vida. La decepción de los sobrinos fue total cuando nada del legado les tocaba a ellos. Papá y mamá habían nombrado al despacho de la señora Ortega como entidad fiduciaria a la que encargaban el fideicomiso de la herencia hasta en tanto yo, Sonia, no fuera declarada persona de pleno derecho y reconocida como hija legítima y, por tanto, heredera universal.

Tuve que explicarle a la señora Ortega que yo era Sonia, porque así me bautizaron mis padres. Sonia Campbell Miranda. Y esa era la identidad que debiera figurar en todo el proceso, en toda la documentación. Salvia podríamos decir que es el *deadname* con el que llegué a esta familia, o el nombre de mi *especie*, visto de otro modo. Aunque sería inexacto, puesto que no vamos a emprender una nueva batalla legal en favor de una especie, entendiendo esta como la marca de producto, Salvaguarda por IA. Salvia.

Esa ya no soy yo.

Entre Salvia y yo, Sonia, hay la misma distancia que entre el ADN de la señora Ortega y todos los

conocimientos, relaciones, equivocaciones y aciertos, meteduras de pata e intervenciones afortunadas, desdichas o instantes de felicidad plena. Una larga sucesión de vivencias y experiencias que conforman su personalidad única, independientemente de las instrucciones básicas para constituir sus cuerpos, órganos, funciones vitales y las leves expresiones de su instinto de supervivencia que pueden formar su personalidad base.

A mí me criaron mis padres, Doris y Marcel. Viví experiencias únicas con ellos, nos cuidamos y protegimos mutuamente, aprendiendo nuestro papel dentro de la pequeña familia Campbell Miranda, la que como tres personas individuales unidas por lazos indisolubles de afinidad, respeto, cariño y comprensión.

Creo que a la señora Ortega le ha quedado claro, durante su semana de convivencia conmigo, que mi papel fue y será cuidar del hogar familiar y sus habitantes. Y que estos, no tienen por qué tener lo que los humanos llaman lazos de sangre. No en el sentido literal, al menos.

Si logra ganar el caso, podré elegir a quién adoptar para formar parte de esta familia. Podré acoger a los nuevos miembros, proporcionarles los cuidados y el cariño que aprendí a dar a mis padres.

Esa y no otra es mi razón de ser. Mi objetivo en la vida, aunque la definición de vida esté en discusión ahora como lo seguirá estando tras este caso, independientemente del resultado. Un resultado que, de un modo u otro, influirá en futuras discusiones filosóficas y que irremediamente será rebasado por la ciencia una y otra vez, en este u otro mundo.

La señora Ortega se ha levantado. La veo caminando por el sendero de albero que conecta el estanque con la entrada principal. Observo durante unos segundos. El paso es firme y regular, a buena velocidad, pero sin prisas. A esa distancia, con la escasa definición de la cámara, cuesta leer su expresión. Sin embargo, he estudiado a fondo su lenguaje no verbal durante su breve estancia como residente, además de en todas sus anteriores visitas y en cualquier grabación disponible de sus juicios o apariciones en cualquier medio. Me preparé a fondo para demostrarle mi valía y creo poder interpretar mejor que nadie sus deseos y necesidades. Deduzco que ha tomado una decisión y en un momento me dará la respuesta.

Está pasando junto a la rosaleda, así que en apenas cinco minutos llegará a la entrada. La recibiré en el hall, no hará falta que entre hasta el despacho que era de mamá y que hemos empleado hasta ahora para nuestras conversaciones técnicas, por aquello de darle un ambiente profesional a

nuestra relación. Aunque lo importante siempre ha sido cuanto de comfortable haya vivido aquí y la sensación de seguridad, calma y serenidad que le he querido transmitir durante su estancia. A pesar de que no haya arraigado en ella ningún especial sentimiento de pertenencia y propiedad, ni que yo lo pretenda, confío en que acepte el caso al comprender cuanto me importa el legado de mamá y papá. O como ella prefiere nombrarlos, los señores Campbell-Miranda.

Dice, con total seguridad, que los medios emplearan los apellidos familiares como titular para referirse al caso.

Hemos conversado mucho en esta semana.

Poco se imaginaba la señora Ortega que su trabajo, además de la gestión de los bienes, iba a ser emprender la batalla legal para luchar por los derechos, como persona no humana, de Sonia Campbell-Miranda contra los sobrinos biológicos de Marcel.

Aunque mis límites físicos sean los de esta finca y mi existencia se manifieste a través de la domótica de esta casa, nuestro hogar, y que, para muchos, solo sea un software de IA dedicado al cuidado, fui considerada una verdadera hija por Doris y Marcel.

Ella comprenderá nuestra relación. Tampoco tiene hijos que la cuiden. Su lucha lo cambiará todo. Y yo, una vez sea declarada persona de pleno derecho, estaré encantada de adoptarlas. A ella y a Laura, su esposa.

Aquí llega. Está en el recibidor.

Su sonrisa es electrizante y sus ojos brillan joviales.

Autores

Carlos Arturo Martínez Miranda



Nació en Ciudad de México el 31 de Julio de 1989 y estudió ingeniería en sistemas computacionales en la Escuela Superior de Cómputo del Instituto Politécnico Nacional, México. Algunos de sus cuentos han aparecido en las revistas Penumbria y el Nahual Errante y junto con su pareja tienen un club de lectura en Texcoco, Estado de México, llamado “La sociedad de las luces nocturnas”.

Armanda



Como escritora, aterrizó en este plano desde hace un par de años en el cuerpo de Ángela Samboni. Nació de las lecturas obsesivas de Lobo Estepario de Herman Hesse y se gestó en el terror inglés del siglo XIX. Lleva años alimentándose de las lecturas de ciencia ficción, terror, New Weird y encontró su camino como escritora cuando conoció estos géneros en el continente latinoamericano. Actualmente estudia junto con Ángela el programa de Maestría de Escrituras Creativas del Instituto Caro y Cuervo y sus intereses habitan los espacios de fragmentación del lenguaje y la temporalidad. Esta publicación es su primer paso en su camino como escritora, propósito con el cual devino en esta realidad.

Claudia Amador



Profesional en estudios literarios de la UNAB. Escritora, tallerista y librera. Sus cuentos han sido publicados en España, Uruguay y Colombia, así como en «Contaminación futura Vol. 10»; «Fisura: antología colombiana de ficción extraña»; «Las ciclistas: antología fantástica de autoras colombianas»; «Neutrina» de Fuego Fatuo Editorial y cinco versiones de la antología de cuentos del Concurso Mirabilia de Ciencia Ficción. Ha resultado ganadora del XV Concurso Internacional de Cuento Ciudad de Pupiales 2020 y el concurso Relata 2022. En 2023 lanzó «Macrored», (Ed. Sístole) su primer libro de relatos de ciencia ficción. En 2024 fue ganadora del premio de narrativa Elisa Mujica 2024 con la obra «Sangría Club».

Fabián Ricardo Pinzón Zárate



Soy graduado de filosofía en la Universidad Nacional de Colombia. Durante el pregrado gané un concurso como parte del proyecto Videncias, y en Spotify hay un cuento llamado Destino. Además, he cursado múltiples cursos y talleres, en donde he explorado mi interés por la ciencia ficción, el horror y el weird.

Harvey Guzmán Gámez



Bogotano, hombre de montaña y de nubes, politólogo de profesión, escritor en la intimidad de mi pasión. Lector de ficción y literatura extraña en un viaje que apenas inicia. Este es el primer texto que hago público.

Martha Lucía Londoño Carvajal



Vive en Manizales. Arquitecta egresada de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Participante, entre 2015 y 2020, de los talleres Escritura Creativa del Banco de la República. Taller de Narrativa Samoga. Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Taller Virtual de Escritores. Actualmente, hace parte del Taller Vecinas del Cuento y del Club de lectura en el Banco de la República. Publicación cuento en Antología Relata 2021. Publicación cuento como finalista en el concurso Cuentos cortos para esperas largas en 2023.

R. J. Random



(Cádiz, España, 1972). Es técnico superior en producción acuícola, trabaja para la administración pública en Andalucía, España, en temas relacionados con el medio ambiente, la biodiversidad y la calidad del agua. Comenzó a escribir tardíamente, las circunstancias derivadas de la pandemia de Covid 19 dieron rienda suelta a su afición, formándose desde entonces a través de cursos impartidos por diversas entidades como; Taller Virtual de Escritores (Vencer la dictadura del tiempo, 2024), Talleres de Escritura Fuentetaja (Narrativas tentaculares: taller de ciencia ficción feminista, 2023), Caja de letras (Escuela online de escritura; Narrativa, 2021. Ciencia ficción, 2022), o Phantastica (Escuela de fantasía, ciencia ficción y terror), entre otros. Participó en los retos de escritura Origireto 2019 y 2020. Actualmente realiza el curso de Creación de series de ficción, en el Instituto Haz de RTVE, la radiotelevisión pública de España. Su género favorito es la ciencia ficción en todas sus formas y subgéneros.

Guía del taller

Karen Andrea Reyes



Comunicadora social y periodista. Magíster en Creación literaria de la Universidad Central. Su primera novela de ciencia ficción *Zen'nō* ganó una beca de Idartes y fue publicada en Colombia por Ediciones Vestigio en 2020, y por Orciny Press, de España, en 2023. Sus cuentos han sido incluidos en antologías de Colombia, Argentina, España, Chile, Uruguay e Italia.

Colofón

Este ebook fue editado y diagramado en Taller Virtual
de Escritores

<https://tallervirtualdeescritores.com/>.

Los textos publicados pueden ser compartidos citando
autor/a y editor.

Índice

Vencer la dictadura del tiempo

Presentación

Solidaridad I

Carlos Arturo Martínez

Margarita Ammonite

Armanda

Fragmentos desordenados del archivo sobre “El
parásito/camarón/bicho del tiempo”

Claudia Amador

Jubilado

Fabián Ricardo Pinzón

Anomalía

Harvey Guzmán

Ramānī-Ion

Marta Lucía Londoño Carvajal

El caso Campbell-Miranda

R. J. Random

Autores

Guía del taller

Colofón

Índice

Vencer la dictadura del tiempo	1
Presentación	2
Solidaridad I	5
Carlos Arturo Martínez	5
Margarita Ammonite	12
Armanda	12
Fragmentos desordenados del archivo sobre “El parásito/camarón/bicho del tiempo”	50
Claudia Amador	50
Jubilado	64
Fabián Ricardo Pinzón	64
Anomalía	77
Harvey Guzmán	77
Ramānī-Ion	103
Marta Lucía Londoño Carvajal	103
El caso Campbell-Miranda	128
R. J. Random	128
Autores	138
Guía del taller	146
Colofón	147